

## **Los métodos de Ernesto Guhl (1915-2000), o el fondo del mar cartografiado**

... La cuarta zona se destinará a los grupos indígenas y a experimentos de tipo utópico y artístico (ecologistas, anarquistas, comunidades solidarias autosuficientes. (Santanderes, Vichada, Amazonas, Arauca, Guajira).

Gustavo Zalamea/ DACR,  
*Proyecto de Redistribución Radical "Histórica" de un País. (Caso Colombia)*

A partir de 1950, cuando el país finalmente conoce una modernización amplia y a gran escala, la geografía, junto con las demás disciplinas sociales y naturales, es redefinida como ciencia y como materia universitaria. En 1952 se funda el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, abreviado IGAC, encargado no sólo de levantar el mapa del país, sino también de la investigación geográfica moderna, hasta ese momento inexistente en Colombia. El instituto concentra sus actividades en la geografía física y aplicada, es decir, se ocupa principalmente de la edafología y la cartografía topográfica a mediana escala, y su carácter puede describirse como técnico.

Es precisamente eso lo que critica el inmigrante alemán Ernesto Guhl, llegado a Colombia unos años antes de la Segunda Guerra Mundial. Aunque la leyenda pretende que Guhl había estudiado geografía en Alemania durante los años 30 con el geopolítico y militar Karl Haushofer, o que al menos había sido amigo íntimo de éste – quien también había sido profesor de Rudolf Hess –, Guhl huye de Alemania por conflictos ideológicos. Junto con otros académicos extranjeros llegados antes y durante la Segunda Guerra Mundial, se vincula a la Escuela Normal Superior de Bogotá, y a través de sus publicaciones empieza pronto a practicar una geografía orientada según los métodos modernos

universales, la explicación causal a base de la observación de campo y una perspectiva holística de la disciplina geográfica que, con el fin de resolver los problemas sociales de Colombia desde un pensamiento multidisciplinario, procura establecer las interdependencias entre distintos fenómenos políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales. Guhl también participa de manera destacada en la reanudación del proyecto de un atlas nacional, como se había proyectado en 1889, y que convierte la narración administrativa en una narración temática de las múltiples facetas del país. Esta transferencia metodológica, al reaccionar con las concepciones precedentes, generaría una representación geográfica particular de Colombia.

La posición de Guhl en el panorama de la geografía colombiana es todo salvo unívoca. Ciertamente el registro biográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango lo define como el “padre de los estudios geograficos [sic] modernos en Colombia” y el “continuador de la obra geografica [sic] de Agustín Codazzi”. Pero Montañez Gómez, profesor de geografía de la Universidad Nacional, lo menciona tan sólo como una figura entre otras varias, a pesar de que en los años 60 Guhl sea el fundador del Departamento de Geografía como unidad de servicios de la Facultad de Educación. Así mismo, su libro *Colombia. Bosquejo de su geografía tropical*, el único compendio geográfico moderno del país, nunca superó la primera edición (en dos tomos) de 1975 y permanece hasta hoy como un texto olvidado. La carrera de geografía de la Universidad Nacional de Bogotá, iniciada en 1994, parece por tanto desconocer la obra de Guhl y, como él mismo denuncia en su último libro (Guhl 1991), su intento de introducir métodos modernos de investigación y una conciencia social y crítica frente a los fenómenos geográficos parece haberse esfumado en el aire.

Aunque en muchos sentidos Guhl retoma los conceptos geográficos de Francisco Javier Vergara y Velasco {1901; 1906}, con un interés notorio en el piso del páramo como *el* ecosistema típico de Colombia {1948}, fundamentando los conceptos a veces fantásticos de Vergara con los métodos de las ciencias modernas, en otros sentidos es una figura única, pero a la vez marginal, en la geografía colombiana moderna. Esto se debe a su gran atención a los problemas de la tenencia de tierra y del sector rural y a sus denuncias, no tanto respecto a la falta de interés por parte del estado nacional hacia las poblaciones periféricas, sino al carácter particular con que es ejercido este interés. La crítica de Guhl al estado nacional y sus políticas se refiere no sólo a la precaria implantación material de las instituciones de educación y salud, sino también a la ausencia de una discusión crítica y fundamentada en torno a los proyectos de desarrollo, la consideración de las culturas y los beneficios obtenidos para la población de las periferias. Guhl sostiene que la tarea de la geografía consiste precisamente en adelantar esta discusión. Sin embargo, ni el IGAC ni la geografía universitaria actual se han abierto a este enfoque propio de la geografía moderna, limitándose el primero más que todo al ejercicio práctico en relación con el ordenamiento territorial y ambiental, y constituyendo la segunda un punto de vista marginal en el discurso geográfico.

Aparte de esa divergencia en la definición de la disciplina geográfica, también en lo cartográfico cada corriente aporta propuestas diferentes para reconfigurar el mapa nacional. Desde la administración territorial, la estadística, la hidrografía y la geología, el IGAC propone la expansión de las propuestas geográficas desde el centro hacia la periferia, mediante el nivelamiento paulatino de las disparidades espaciales entre ambos. Para ello la periferia ha de convertirse primeramente en una superficie neutra,

vaciada de aquellos contenidos que la marcaban como periferia. Ese nuevo territorio nacional queda confinado como conjunto por los límites internacionales que forman el mapa-logo de la nación. Este nuevo mapa nacional muestra cómo la introducción de los grandes modelos de las relaciones espaciales puede garantizar la creación del territorio nacional en congruencia con sus límites legales. Mediante los famosos modelos geográficos, tanto de la expansión de los anillos de zonas económicas (Johann Heinrich von Thünen) como de la expansión de las redes hexagonales de las jerarquías urbanas (Walter Christaller), el centro se extiende sobre la periferia, ya no en un intento de dominación jerárquica, sino en un intento de nivelar las diferencias y eliminar la periferia del mapa. Así mismo, diversas propuestas relacionadas de manera directa con la representación de la periferia y de sus características físicas proceden a redefinirla. Los primeros mapas a color, en especial los mapas físicos y los mapas de los pisos térmicos, anuncian la posibilidad de la integración de la periferia al centro y su inclusión conceptual, pero no producen su inclusión espacial. Sólo a partir de un nuevo tipo de mapa, el de las regiones fisiográficas de Colombia realizado por Guhl, la cartografía de la periferia sufre un cambio mayor. Guhl inventa para la periferia una especie de pisos climáticos derivados de la precipitación, los cuales permiten representar la periferia como espacio de una diversidad análoga a la de los pisos térmicos y de vegetación andinos.

A partir de este mapa paradigmático, se descubren otros contenidos periféricos, derivados todos de la geografía del centro: los relieves periféricos, los Parques Nacionales Naturales y los resguardos indígenas, así como la biodiversidad. Se trata de una periferia en proceso de ser valorada ahora de manera positiva, que deja de constituir el lugar de la amenaza y de la definición negativa para hacerse el

lugar de los sueños de un futuro feliz de la nación. Así, sigue siendo la heterotopía de la nación {1924}, ahora como paraíso del presente que ha de garantizar hipotéticamente el destino nacional en un futuro, no desde la transformación del paisaje y la explotación de los recursos, sino desde su conservación. En este contexto también se produce una resignificación de la metáfora del mar. Desde 1970, tres movimientos paralelos – la re-presentación de la periferia, la geopolítica y el discurso del mar territorial – reincorporan la metáfora del mar al discurso geográfico para representar la diversidad, ya no sólo de la periferia, sino de la nación misma. Esta reconfiguración se expresa con mayor claridad en la metáfora de los tres mares, inventada para la exposición mundial en Lisboa en 1998. En este nuevo mapa, los dos mares geográficos del Pacífico y el Atlántico y el mar metafórico del Oriente colombiano ya no constituyen los márgenes del territorio nacional colombiano, sino que lo cubren completamente y garantizan un nuevo tipo de circulación orgánica a través de la superficie del mapa, en vez de la circulación vertical del organismo elitista de los pisos térmicos {1901; 1948}. La invención de este Otro exótico, de valoración positiva, recurre a la retórica de la biodiversidad para encubrir el hecho decisivo de que todos los intentos de incorporar la periferia han fracasado sin excepción, dejando tras de sí paisajes devastados y poblaciones empobrecidas dentro de la lógica del capitalismo.

### *Los tres mares: la invención de la diversidad periférica*

Con hortalizas se realizaron numerosas pruebas, habiendo fallado siempre la cebolla.

Joaquín Molano Campuzano,  
*La Amazonia, mentira y esperanza*

1979

En 1946, el Banco de la República publica el primer mapa “físico” de Colombia: el *Mapa físico de Colombia* (Banco de la República ?1946 a\*). Hasta entonces este tipo de mapa parece haber sido totalmente desconocido dentro de la representación del país. En 1899, un alemán había publicado un compendio sobre Colombia que contiene un mapa físico (Regel 1899\*), y antes, el viajero americano Isaac Holton había incluido en su libro de viajes un mapa a color de los climas de Colombia, en algo parecido a los mapas físicos que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX gracias a las nuevas posibilidades técnicas de la reproducción (Holton 1857\*). Así mismo, otras publicaciones de viajeros extranjeros del siglo XIX incluyen mapas temáticos a color muy semejantes a los mapas físicos que hoy conocemos. Finalmente deben nombrarse el *Atlas geográfico e histórico* de Colombia de 1889 (Codazzi, Paz & Perez 1889\*) {1889},

### *Erosión fluvial: la geografía oficial entre relieve e hidrografía*

ordenaba a los ingenieros que me quiten esas cosas de aquí y me las pongan allá donde no estorben, las quitaban, que levanten esa torre dos metros más para que puedan verse los barcos de altamar, la levantaban, que me volteen al revés el curso de este río, lo volteaban, sin un tropiezo, sin un vestigio de desaliento

Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*

1958/59

La década del 50, que culmina en la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla de 1953 a 1957, está marcada por el intento de reforzar el estado y modernizar la economía. En el marco de una creciente presencia del estado en los campos de la educación y la infraestructura, se fundan una serie de instituciones gubernamentales para las ciencias y la tecnología, y también se adelanta la definición de las disciplinas científicas en el ámbito universitario. Especialmente los proyectos de caminos y la titulación de terrenos baldíos reciben apoyo, y se logra la pacificación de los Llanos. El acercamiento espacial del país también es fomentado por la introducción de la radio a principios de los años 50. A estos proyectos estatales se suman las migraciones internas, provocadas por la urbanización acelerada y la violencia. En cuanto a

primer ejemplo para la cartografía temática a color publicada en Colombia, y el *Mapa comercial de la República de Colombia*, publicado por el Banco en 1931 (Banco de la República 1931\*). Todos estos mapas usan colores idénticos o muy parecidos a los de los mapas físicos de hoy. Sin embargo, sus significados son otros, de modo que el mapa físico del territorio colombiano no existió antes de 1946. Al mapa de 1946 le seguirían otros, hasta que el modelo del mapa físico logra establecerse como mapa general del *Atlas de Colombia*, el atlas nacional publicado por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi desde 1967 {1959, 2002}.

En primera instancia, este descubrimiento del mapa físico, junto con la fundación del IGAC, marca la invención de la geografía como una ciencia que se desarrolla en el ámbito internacional {1958/59; 1959, 2002; 1974/75}. La adopción de modos de representación universales permite legitimar a la vez a la geografía como ciencia en Colombia y al mapa nacional como mapa científico, es decir, como representación objetiva, elaborada de acuerdo con los estándares cartográficos internacionales. Sin embargo, resulta que el mapa físico se revela como construido en gran medida, como inventado.

los adelantos en la infraestructura, desde los años 30 los ferrocarriles y el Río de la Magdalena empiezan a perder su prevalencia frente a las carreteras, y éstas, así como otras obras públicas de gran envergadura, alcanzan un auge definitivo en los años 50. Sin embargo, y a pesar de la creciente urbanización del país, esta modernización se desarrolla sin cambios radicales en la estructura social (Melo 1990, p. 29 ss.). Tampoco la constelación política sufre mayores cambios, y así el llamado Frente Nacional, pacto que en 1957 sellaron los partidos liberal y conservador para turnarse el poder, dura hasta 1974.

Dado que la geografía empieza a apreciarse como una herramienta indispensable para la comprensión de los fenómenos del cambio, el espacio y su conceptualización científica se constituyen en un elemento de primer orden en la agenda oficial. Pero mientras que en otros países, como Argentina, se cuenta con la institucionalización de la geografía como ciencia investigativa desde principios del siglo XX (Escolar 1999; Escolar, Quintero-Palacios & Reboratti 1994), Colombia tan sólo disponía hasta entonces de instituciones técnicas y de existencia precaria encargadas de levantar el mapa del país {1891-1943; 1932}. Es apenas en el año 1950 cuando el Instituto Geográfico Militar y Catastral, fundado en 1935 {1932}, es renombrado en un acto

Esa nueva manera de inventar la geografía del país delata un cambio discursivo fundamental. Si bien las franjas altitudinales guardan una relación innegable con las franjas horizontales de temperatura de los pisos térmicos {1802; 1901; 1948}, el mapa físico permite pensar por vez primera el mapa nacional, no como una construcción binaria {1856, 1864; 1890}, sino como un espacio integrado dentro de un continuo de matices de color que significan diferentes rangos de altura. Limitado por los nuevos contornos internacionales {1932}, el mapa físico se presta mejor que cualquier otro para constituir la base topográfica del mapa-logo sin sacrificar los demás principios de la cartografía en Colombia. Al conjugar los pisos térmicos de Vergara y Velasco, que aún permanecen en un espacio sin extensión territorial {1901}, con el contorno inventado después de 1932 {1932}, se trata de un mapa totalmente nuevo, que disuelve la exclusión jerárquica de los pisos térmicos y la extensión difusa de la periferia para traducirlas en inclusión gradual y mapa-logo. La adopción del mapa físico por la cartografía colombiana se debe entonces tanto al anhelo de constituir la geografía como ciencia, al lado de las demás ciencias, como al intento de convertir los pisos térmicos en mapa-logo.

simbólico como “Instituto Geográfico Agustín Codazzi”, abreviado IGAC. Hasta 1958, este nuevo instituto sufre un proceso de reestructuración sustancial. Se construye un nuevo edificio exclusivamente para el instituto, y se crean diferentes secciones destinadas a la investigación especializada. En 1958, el IGAC cuenta con los siguientes departamentos: cartografía, agrología, catastro, administración, e investigación. Este último departamento comprende a su vez las subdivisiones de astronomía, edafología, geofísica y geografía.

Aunque en el IGAC también se realizan investigaciones sobre las regiones geoeconómicas y sociogeográficas, sobre programas de colonización y la reforma agraria, así como sobre la infraestructura, y a pesar de que en 1960 se agrega al instituto una sección de urbanismo, su enfoque se orienta primordialmente hacia la geografía física y las posibilidades del aprovechamiento económico. Es decir, la geografía del IGAC puede calificarse desde sus inicios como “aplicada”, y la investigación se sujeta invariablemente a las posibilidades de su utilidad práctica e inmediata, de acuerdo con la perspectiva general que reina en la Colombia de los años 50 sobre el papel de las ciencias y disciplinas universitarias (Melo 1990, p. 2). De esta manera, la

Es esta construcción lo que hace posible afirmar que “[d]el sistema orográfico andino, que ocasiona las modificaciones del clima, surgen tres grandes regiones fisiográficas” (Guhl 1975, vol. 1, p. 16 s.) – las dos costas, los Andes y el Oriente –, y que “[l]a orografía andina se extiende a través de todo el país” (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social 1955, p. 1). Precisamente a partir del centro y la aplicación de sus modelos se construye el mapa de Colombia, y aun sus espacios no montañosos se derivan de las cordilleras andinas. Además, mirado de cerca, el continuo de colores que significa los rangos de altura, igualmente continuos, resulta conservar un elemento discriminatorio de carácter cualitativo. Mientras que las elevaciones hasta los 500 metros de altura suelen figurar en matices de verde, y muchas veces en verde oscuro, las alturas mayores figuran en tonos de amarillo y café, más oscuro éste último entre más elevado sea el terreno. A partir del color se establece entonces un continuo, a través de su definición universal, a la vez que una división en dos grupos de los rangos de altura, a partir de las calidades de los colores aplicados. De este modo, a pesar de su divulgación a escala global y su aparente naturalidad, el mapa físico constituye una representación altamente significativa en el contexto colombiano de los años 50.

geografía constituye más que todo un espacio de construcciones técnicas y aparentemente neutras del territorio nacional, y no una instancia para la reflexión teórica sobre las problemáticas espaciales y de la disciplina misma, como sucede en la geografía europea y norteamericana.

Pero más allá de esta orientación práctica, el instituto cumple otra función. A nivel simbólico, su tarea consiste en la elaboración de una tradición y de una imagen geográficas que eventualmente habrían de divulgarse por medio del sistema educativo. Con ello el instituto empieza a consolidar un imaginario nacional construido sobre las bases sentadas por las geografías de Vergara {1890; 1901; 1906; 1948} y Rivera {1924; 1932}. La historiadora Diana Obregón llega incluso a afirmar que en Colombia la historia de la ciencia – entendida como saber que estudia el desarrollo de la ciencia –, cumplió la función de suplir la ausencia de verdaderas ciencias e instituciones de investigación (Obregón Torres 1992, s. p.). Pero independientemente de la calidad de los resultados de investigación de las ciencias, puesta en duda por Obregón, se trata, de un genuino esfuerzo por hacer ciencia *paralelamente* a la invención simbólica de las disciplinas, entendida como *historia* de la ciencia. Más que suplir la ausencia de la

Que esta representación es todo salvo universal, se hace manifiesto a partir de la comparación entre el mapa del Banco de la República (Banco de la República ?1946 a\*) y el *Mapa (preliminar) de la República de Colombia* de 1950, editado por el Instituto Geográfico Militar y Catastral (Instituto Geográfico Militar y Catastral 1950\*). Mientras que el mapa del Banco introduce un matiz amarillo en los rangos bajos, estableciendo una relación de grupo con las tierras elevadas, marcadas con tonos de café oscuro, y rompiendo el binarismo, el mapa del Instituto aplica un verde claro para el rango bajo entre los 200 y 500 metros de altura, matiz que el mapa del Banco por su parte aplica a los terrenos entre 0 y 200 metros. Además, también la extensión de los terrenos en verde claro es distinta en ambos mapas. Mientras que en el mapa del Banco estos terrenos no incluyen ni el norte ni el sur del Oriente, desapareciendo visualmente los límites internacionales, en el mapa del Instituto se coextienden aproximadamente con éstos.

En ediciones posteriores, y en especial en los atlas de Colombia {1948}, el grado de diferenciación de los rangos altitudinales, en contra de lo esperado, se reduce. Un ejemplo extremo lo constituye un mapa físico incluido en la cuarta edición del *Atlas de Colombia*

investigación, la historia constituye el movimiento que la legitima como necesaria, en un nuevo ámbito donde la ciencia deja de ser cosa de aficionados para recibir el apoyo definitivo del estado, y donde surge la necesidad de explicar este cambio, aun cuando el mismo fuese anhelado.

En el caso específico de la geografía en Colombia, esa legitimación histórica se produce mediante la construcción de sus grandes figuras. A través de la viva actividad editorial de los años 50, se dejan establecer los protagonistas de esa historia, contada como serie interminable de sufrimientos heroicos: José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas {1802; 1811, 1827}, Alexander von Humboldt {1802} y Agustín Codazzi {1850-1865; 1856, 1864} son definidos como las figuras fundadoras de la geografía colombiana, al lado de una larga serie de viajeros y geógrafos en su gran mayoría extranjeros. La *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, por ejemplo, publica durante los años 50 una serie de artículos sobre las personalidades reconocidas como fundadores de las ciencias en Colombia. Entre 1957 y 1959, el Banco de la República da a conocer por primera vez varios tomos de los manuscritos de Codazzi sobre las provincias centrales de la Nueva

(Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1992, p. 118\*), mapa que reúne varios elementos comunes en la representación cartográfica de la nación, ante todo en los mapas escolares de los departamentos (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1976\*). El mapa no sólo muestra los rangos altitudinales, sino que además los duplica mediante la reintroducción del perfil. Este último cumple dos funciones. Por un lado, constituye la única convención cartográfica para los rangos altitudinales, por el otro, se superpone al mapa en forma de cinco cortes, tapando parte del mapa, es decir, de la superficie, e introduciendo a la vez una redundancia en la representación. Este desdoblamiento privilegia la dimensión vertical de la altura frente a la extensión de la superficie ocupada por los rangos altitudinales bajos. Además, se exagera la escala vertical frente a la escala horizontal; los perfiles no aparecen con toda la extensión horizontal en el Oriente, sino que se pierden gradualmente hasta desaparecer en la mitad del camino hacia la frontera; los colores de los rangos son los mismos para mapa y perfil, y su poco grosor en el Oriente conlleva que perfil y mapa se hagan indistinguibles y la información menos variada; el rango de 0 a 200 metros aparece solamente como curva de nivel, no como superficie con color propio; la definición de los intervalos de mil

Granada (Comisión Corográfica 1957, 1958 a, 1958 b, 1959), y en las *Hojas de cultura popular colombiana*, publicadas de 1947 a 1957, aparecen numerosos relatos de viaje, así como, por primera vez, las láminas de la Comisión Corográfica {1850-1865; 1856, 1864}. Escribir geografía implica en esta forma escribir sobre la historia de la geografía. Aunque la *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, por ejemplo, pretende ser en primer lugar una publicación científica y no un foro para la historia de las ciencias, incluye después de todo artículos dedicados a las actividades institucionales, las biografías de científicos y la historia de los diversos trasteos del IGAC. Así mismo, numerosas publicaciones geográficas incluyen apartes históricos, como es el caso, por nombrar sólo un ejemplo, del informe *Las fuentes de los ríos Magdalena y Caquetá* del hermano cristiano Justo Ramón (Justo Ramón 1947), quien no sólo describe la geografía del lugar, sino también la historia de su exploración desde la colonia.

Por supuesto, tradicionalmente la geografía siempre ha sido relacionada con la disciplina de la historia, que en Colombia cuenta con una trayectoria más desarrollada. Con excepción de la carrera de ingeniería geográfica de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de

en mil metros privilegia las alturas a pesar de adicionar dos intervalos más en el rango de 0 a 1000 metros. La definición de los intervalos altitudinales, en conjunto con el manejo del color, muestra un espacio de información variada y extensión reducida con doble presencia visual, frente a un espacio extenso con poca información en una representación visualmente sencilla. A pesar de tal binarismo subliminal, el binarismo aparece tan sólo como una escala de grados.

Así, aun basándose en un principio de inclusión, el mapa físico retoma, si bien ya no de manera excluyente, una representación discriminatoria del territorio nacional, respaldada ahora por los patrones universales de la representación cartográfica, que le confieren legitimidad y objetividad. El mapa de Colombia sigue siendo uno que consiste esencialmente en la representación del relieve, aunque ya no se trate del relieve esquelético usado hasta entonces, sino que se trata de un relieve universalmente aceptado, y aún más, definido como mapa básico universal. De este modo, el mapa físico de Colombia es a la vez la representación de la nación y una representación de acuerdo con los estándares visuales científicos internacionales. Por consiguiente, una lectura semiótica de este mapa general se destruye por sí sola. A pesar de tratarse de la representación más divulgada y copiada de Colombia,

Bogotá, el primer pregrado en geografía – en la Universidad Nacional de Bogotá – inicia labores solamente a partir de 1994, y el primer postgrado, establecido por convenio entre el IGAC y la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, data de 1984. Hasta ese momento, la geografía había constituido tan sólo un complemento de las disciplinas sociales, en primer lugar de la historia.

En esta construcción histórica de la geografía, resulta notoria la ausencia de referencias a las actividades geográficas de la primera mitad del siglo XX. La geografía de los años 50 se establece a sí misma como continuación de la geografía del siglo XIX. Codazzi y la Comisión Corográfica son descritos como precursores directos de las nuevas instituciones de los años 50, haciendo caso omiso de los casi cien años en que estuvo ausente la recepción de su obra, e ignorando la recepción parcial y aislada por parte de Vergara y Velasco {1901; 1906}. Si Vergara y Velasco no cuenta entre las grandes figuras de la geografía colombiana, esto no puede adscribirse únicamente a que su actividad de trabajo de campo fuese casi nula y con ello poco apta para la narración de un heroísmo alcanzado por el sufrimiento en circunstancias geográficas adversas. Vergara es una figura marginal precisamente en la medida en que es la figura más central de todo el

de su mapa nacional, es a la vez un mapa que, al representar tan sólo el relieve, no contiene como representación nada de nacional. Si el mapa físico define el relieve como el rasgo más general e importante de la geografía del país, lo hace con el respaldo de una representación universal que define el relieve como elemento fundamental de cualquier representación cartográfica. La adopción del mapa físico significa para Colombia su definición tan sólo como parte de la superficie física y continua del globo terráqueo.

Sobre la base de este mapa físico se hace luego posible diseñar una larga serie de mapas temáticos. Con el mapa físico en primera posición y el espacio del relieve convertido en parte de la superficie universal del globo, los mapas temáticos proceden a suprimir el relieve para reproducir su estructura bajo el sello objetivo de los temas representados sobre la superficie de un espacio homogéneo, sin diferencias de nivel: la red vial, la geología, los bosques, la distribución de la población, los medios de comunicación, la ecología (Banco de la República 1959, 1960, 1962, 1964). De esta manera, la relación entre relieve y cartografía temática en un solo mapa, como la existente en el atlas de 1889 {1889; 1890}, es convertida en una

discurso geográfico en Colombia. Su reconocimiento significaría la conversión de los fundamentos de la geografía del país en un punto de vista particular. Como veremos más adelante {1974/75}, aún Ernesto Guhl, tan riguroso en su trabajo de fuentes, necesita suprimir este fantasma de presencia recurrente.

Pero no sólo las exclusiones de este discurso son significativas. También su construcción positiva resulta particular. Las figuras de la geografía decimonónica que logran establecerse en el discurso sobre la historia de la geografía son convertidas en héroes nacionales. Más que como *geógrafos*, Caldas, Codazzi y otros aparecen como personajes heroicos. En la *Historia Extensa*, por ejemplo, el escritor Eduardo Acevedo Latorre construye la historia de la geografía colombiana con recurso a las biografías de las figuras que enumera. A veces se reproduce además un retrato, se describe la ruta del viaje y se ofrecen una lista de los lugares visitados por el respectivo geógrafo, una lista de sus obras con una breve descripción del contenido, y extractos de sus textos (Acevedo Latorre 1974). Esta heroización de los geógrafos colombianos se repite en el gesto de la fundación institucional de la geografía. Los héroes del siglo XIX encuentran su reencarnación en los líderes del IGAC, garantizando la construcción de continuidad entre

relación entre dos mapas, el físico y el temático. Esta relación suspende el determinismo ambiental sin eliminarlo del conjunto de la cartografía. Igual que el relieve representado en pasos hipsométricos, ese nuevo tipo de cartografía temática permite pensar el territorio como un continuo gradual, sobre el cual los diferentes elementos pueden eventualmente expandirse {1959, 2002}. De esta manera, el mapa físico y la cartografía temática que éste trae consigo permiten finalmente pensar la nación en las categorías clásicas de la homogeneidad y del mapa-logo, sin la obligación de sacrificar la primacía del relieve, primacía que se mantiene casi que naturalmente. La nación queda constituida así en un doble sentido. Por un lado, sus temas se inscriben en una superficie homogénea, libre de desigualdades de relieve; por el otro, virtualmente todos los fenómenos repiten la estructura binaria del relieve, es decir, las diferentes partes de la nación son mutuamente coherentes en su configuración y diferenciación internas. De este modo todos los mapas se parecen entre sí al afirmar la vigencia de la estructura binaria, aun al disolverla. A partir de estas consideraciones se revela que el mapa nacional de Colombia sigue oscilando entre las categorías de mapa-logo y mapa-estructura {1890; 1932}, y que sus representaciones más importantes

los intentos dispares de escribir geografía en la Colombia del siglo XIX y de fundar para la geografía una institución moderna. A esta heroización doble se mezclan fuertes tonos religiosos y poéticos. Así por ejemplo José Ignacio Ruiz, quien antes de convertirse en el primer director del IGAC fuese integrante de la Comisión de Límites con Venezuela, es calificado como “sacerdote de la ciencia” en un artículo sobre la historia del instituto (Murillo 1957, p. vii). El mismo personaje, en un artículo sobre la historia del instituto bajo su dirección, reproduce sonetos escritos por Darío Rozo, quien igualmente fuese parte de una Comisión de Límites y miembro del IGAC (Ruiz 1957, p. 423). Este sentido poético se considera necesario para una geografía que debe rendir homenaje adecuado a la obra divina. Además, en su calidad de héroe santo, también la integridad moral del geógrafo es de suma importancia (Murillo 1957, p. v s.). En el componente religioso y moral no se trata tan sólo de una metáfora. Dos de los geógrafos de relevancia en Colombia, que publican obras de gran alcance, fueron efectivamente religiosos y no sólo mantuvieron vínculos estrechos con las instituciones geográficas y la geografía universitaria, sino también la iglesia católica: el biólogo y sacerdote jesuita Enrique Pérez Arbeláez (Pérez Arbeláez 1964) y el hermano

pueden leerse en ambos sentidos.

Esto vale decirse con mayor razón de los mapas oficiales generales de gran formato, publicados independientemente de los atlas nacionales. Aunque suponen la homogenización sucesiva del territorio a partir de la gradual subdivisión administrativa del mismo {1959, 2002}, incluyen a la vez el relieve al estilo plástico del mapa general de 1890, el cual, mirado desde abajo, produce el efecto visual de un mapa en alto relieve (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1955\*, 1963\*) {1906}. Los mapas físicos, en cambio, no representan el modelado del terreno, sino únicamente las franjas altitudinales. La separación del “mapa físico-político” en dos mapas distintos – uno físico y otro político – es de fecha muy reciente y significa posiblemente un giro discursivo, reflejado acaso en el nuevo mapa oficial, que suprime cualquier referencia al relieve, muestra un mapa-lógico nítido sin referencia alguna a los países vecinos y hace referencia explícita y definida al territorio marítimo (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 3\*).

También el mapa físico en su edición más reciente debe ser analizado a la luz de las anteriores consideraciones. En la última edición del *Atlas de Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi

cristiano Justo Ramón, autor de la geografía escolar de mayor éxito en la historia de Colombia (Justo Ramón 1951, 1967).

Esta constelación de una geografía transformada en historia revela una de las paradojas más constantes de la geografía colombiana. Ésta es considerada asunto nacional y a la vez es relegada al margen del discurso de las ciencias sociales y naturales. A pesar de la gran importancia adscrita a los héroes históricos de la geografía, lo que el imaginario geográfico-histórico termina afirmando es precisamente una determinada representación, ya no de la historia, sino de la geografía misma: la de sus privaciones y dificultades insuperables. Tal imposibilidad de la geografía – que empero no ha anulado su ejercicio – se refiere simultáneamente a las condiciones desfavorables de investigación y a la misma conformación del terreno. Si la geografía no ha sido posible en Colombia, esto se debe a la topografía del país, indomable hasta 1950. De este modo, en la medida en que los geógrafos decimonónicos tuvieron que someterse a una larga serie de privaciones durante sus viajes, la construcción de la geografía como galería de héroes procura, no tanto sustituir la ausencia de la investigación geográfica, sino más bien legitimar el tipo de ciencia que se declara posible: el territorio nacional como obstáculo a superar

2002, pp. 4-7\*), los matices hipsométricos han sido sustituidos por el llamado relieve “plástico” que se introduce en el mapa físico. Este tipo de relieve crea el efecto visual de una representación tridimensional, mediante la aplicación del sombreado clásico del mapa de 1890 a los matices de color. De esta manera, el mapa replantea la estructura topográfica del país. Incluso para las partes que según las convenciones no cuentan con variaciones hipsométricas, como es el caso de una gran parte del oriente colombiano, la adición del sombreado permite representar la totalidad del territorio como terreno modelado, es decir, como relieve. El lado de la sombra es a la vez el lado del color hipsométrico, mientras que el lado iluminado consiste en el mismo tono de beige para todas las alturas y que no figura en la escala hipsométrica. El relieve de Codazzi pareciera así extendido a todo el territorio nacional {1856, 1864}.

Sin embargo, el contraste entre luz y sombra corresponde solamente de una manera muy superficial al modelado detallado, ya que la técnica no permite mostrar las relaciones reales entre altura y color en el lado iluminado. El sombreado es un beige claro superpuesto al color hipsométrico – al rango de altura absoluto –, y el lado iluminado siempre parece ser más alto, a razón del efecto plástico de

permite una determinada toma de medidas desde la geografía física y sus aplicaciones técnicas.

En este mismo ámbito se inscribe también la geografía universitaria, como observa el profesor de geografía Gustavo Montañez Gómez: “[l]os fundadores de la Universidad Jorge Tadeo Lozano en 1954 se inspiraron en la Comisión Corográfica y orientaron inicialmente la institución hacia la formación superior en campos relacionados con el conocimiento y manejo de los recursos naturales del país” (Montañez Gómez 1999, p. 24). Entre las facultades universitarias se cuenta también una de geografía, que posteriormente fue dividida en la Facultad de Ingeniería Geográfica y en una de recursos naturales {1985}, acentuando todavía más el enfoque técnico de la disciplina. Uno de los fundadores de la Facultad de Geografía, y también de la universidad, Joaquín Molano Campuzano, sostiene en este sentido que

[l]a *Conservación de la Naturaleza* [...] es un vocablo de carácter práctico, positivo y de utilidad económica. Se utiliza por aquellos que observan a la naturaleza como fuente de explotación de sus Recursos Naturales Renovables, pero bajo principios rigurosamente científicos y técnicos, con el objeto de preservar en forma previsiva para hoy y para el futuro. (Molano Campuzano ?1970, p. 8)

Por consiguiente, la tarea del técnico graduado en el campo de los

tridimensionalidad del contraste entre luz y sombra, es decir, entre colores claros y oscuros. Este efecto se produce de manera mucho más pronunciada para el Oriente, con los tonos de verde como colores hipsométricos predominantes y el beige como lado iluminado. Para el Occidente, en cambio, mientras que este efecto disminuye a causa de la similitud de los colores hipsométricos con el beige y la sombra, el mayor número de rangos de altura refuerza el efecto de un relieve accidentado.

A pesar de estas diferencias, el relieve plástico unifica el territorio. El beige del lado de la luz, dada su ubicuidad, le aporta coherencia al mapa físico, mientras que los demás elementos incluidos, así como los colores hipsométricos, obedecen a la estructura binaria. De manera indirecta, mediante el efecto de iluminación, es el relieve lo que crea uniformidad y unidad. Mientras que antes solamente la montaña contaba con un relieve, éste se extiende ahora a todo el territorio nacional. De esta manera, las zonas altitudinales bajas se convierten en un relieve estructuralmente idéntico al relieve montañoso. La diferencia entre montaña y planicie ya no es absoluta, sino gradual. Es una diferencia entre los valores numéricos de altura. Este último mapa físico significa por tanto la cuantificación de las

recursos naturales consiste en “arrancarle los secretos a la naturaleza para domarla, vencerla, quebrantar el ímpetu de las plagas [...] dominar los páramos y los desiertos” (Molano Campuzano ?1970, p. 8).

Anteriormente al IGAC y la Universidad Jorge Tadeo Lozano en los años 50, se habían dado ya intentos de ampliar la investigación y la enseñanza de la geografía. El Banco de la República, por ejemplo, venía elaborando desde 1931 mapas temáticos, y en 1936 se creó oficialmente la Escuela Normal Superior, como institución para la formación de educadores. Sus precedentes se encuentran tanto en la época federal, dentro del proyecto liberal de los años 60 y 70 del siglo XIX {1833-1881; 1850-1865; 1866-1886}, como en la institución homónima de París. Al currículo de la Escuela se integran cursos de geografía, y así el geógrafo Ernesto Guhl, el geógrafo Pablo Vila, catalán exiliado en Colombia y Venezuela, como también el escritor Eduardo Acevedo Latorre, forman parte del cuerpo profesoral colombiano formado en los años 40 y 50. A su vez, Acevedo y Guhl están ambos involucrados en la elaboración del *Atlas de economía colombiana*, auspiciado por el Banco de la República. Guhl tiene a su cargo la organización del grupo de geografía del IGAC, institución

calidades absolutas antaño adscritas a las dos partes del territorio nacional, tal y como la última edición del *Atlas de Colombia* deja ver una cuantificación notoria de las temáticas {1959, 2002}.

Parece que con el relieve plástico la cartografía actual retoma una tendencia como la que se ha venido generando desde principios de los años 70 en cuanto a la representación del Oriente: el descubrimiento de sus relieves. Hasta ese momento la cartografía se muestra altamente arbitraria en este sentido, y en los años 40 los mapas físicos analizados arriba coexisten con afirmaciones del siguiente tipo:

[I]a gran Región Occidental [sic] está formada por las inmensas vertientes que vierten sus aguas en el Orinoco y el Amazonas. El relieve de la misma está poco caracterizado, aun en la vasta gradería de la porción central. El carácter continental del clima sólo está modificado de norte a sur por la variación pluviométrica; de manera que, esta gran región colombiana, se ve privada de diferenciaciones capaces de producir variedades regionales, en la inmensa extensión que dicho territorio ocupa. (Vila 1945, P. 157)

Ya en 1938 José Miguel Rosales había publicado la 20ª edición del “Relieve de la República de Colombia” (Rosales 1938\*). En ésta se muestra todo el territorio nacional como relieve, cuya representación incluso se exagera para puntos de importancia ubicados en la periferia, como el trapecio amazónico o el istmo de San Pablo en el Chocó

para la cual Acevedo elabora el *Atlas de Colombia*, publicado por primera vez en 1967, y el *Diccionario geográfico de Colombia*, de 1971. A Ernesto Guhl se deben también muchos conceptos y mapas del *Atlas de economía colombiana* que reaparecen en los atlas del IGAC. El IGAC publica además la obra *Recursos naturales de Colombia* de Enrique Pérez Arbeláez, y colabora a su vez con los departamentos de ciencias naturales de la Universidad Nacional, donde durante los años 60 Ernesto Guhl organiza el Departamento de Geografía, como unidad de servicios de la Facultad de Educación. Los principales geógrafos de estas nuevas instituciones publican además con regularidad en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*. En pocas palabras, las relaciones entre las diferentes instituciones geográficas son estrechas, y por primera vez se puede hablar de la formación de un campo discursivo institucional interrelacionado.

Involucrado en este campo discursivo se encuentra un grupo relativamente amplio de científicos extranjeros que llegan a Colombia antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Se trata sobre todo de norteamericanos, cuya presencia se explica por los vínculos reforzados entre Colombia y Estados Unidos a causa de la guerra. La motivación económica es evidente, pero más allá de ésta surge en Estados Unidos

{1903; 1932}. En cambio, el *Mapa histórico-político* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1955\*), de aparición posterior, con excepción de la Serranía de Chiribiquete, solamente nombra las serranías orientales, como la “Sierra Tunahí” y la “Mesa de La Lindosa”, y ésto sin representarlas.

Hasta muy entrado el siglo XX se mantiene una visión en la cual las elevaciones amazónicas y orinoquenses no constituyen montañas de verdad. Así, el ingeniero y presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia, Daniel Ortega Ricaurte, sostiene que el lugar del nacimiento del Río Orinoco, la Sierra de la Parima, no es “una cordillera propiamente dicha: está constituido por un conjunto de cumbres y mesetas, de montañas aisladas y de terrazas, de elevaciones y depresiones, que forman una irregular sucesión de cadenas” (Ortega Ricaurte 1936 a, p. 46 s.). El principal problema de los relieves orientales parece consistir así en la imposibilidad conceptual de *narrarlos*. Esas cadenas irregulares resultan impropias para poder ser concebidas como un todo coherente. Esta imposibilidad conceptual se relaciona con el Oriente como mundo de engaños visuales, tal y como lo inventó *La Vorágine* {1924}.

En esta forma, menos que de una polémica acerca de la

la idea de que “entender a América del Norte significa entender a toda América” (cf. Montañez Gómez 1999, p. 24). Un ejemplo para esta corriente lo ofrece James Parsons, quien publica varias obras sobre geografía colombiana durante los años 50 (Parsons 1949, 1956), traducidas luego al español. Además, la geología conoce sus inicios como ciencia moderna bajo la tutela norteamericana y mantiene vínculos estrechos con la explotación petrolera.

Pero entre los geógrafos extranjeros que se radican definitivamente en Colombia y que desempeñan un papel importante en los inicios del discurso institucional, debe mencionarse ante todo a Ernesto Guhl. Aunque Guhl juegue un papel clave para el impulso de la geografía institucional durante los años 40 y 50, su discurso parece haber sido marginado en la misma medida en que se reconoce a su autor como cabeza de la geografía en la Universidad Nacional, pues con ello se circunscribe su significado al ámbito estrictamente académico. Tanto más importante me parece por ello considerar las características de esta reescritura de la *Nueva geografía* de Vergara (Vergara y Velasco 1974). El espacio siguiente se dedica a esta nueva “nueva geografía” {1901; 1906; 1948}.

existencia de los relieves periféricos, se trata de la indecisión fundamental acerca de la posibilidad de describirlos. El mismo Francisco Javier Vergara y Velasco se contradice en sus escritos, haciendo a veces un gran esfuerzo para comprobar la existencia de relieves montañosos en el Oriente, y negando la misma en otras ocasiones (Vergara y Velasco 1909 a; 1911 a). En todo caso, en la segunda edición de la *Nueva geografía de Colombia* Vergara y Velasco sostiene que los relieves periféricos existen y no existen a la vez:

se sigue diciendo que el interior de América es una inmensa llanura seguida del Orinoco al Amazonas. Esto es un gravísimo error producido por las falsas ilusiones que engendra la selva y la inmensidad de los espacios *en apariencia* planos. [...] este mar de verdura oculta relieves de importancia suma, no por su altura sino por su extensión y manera de ser (Vergara y Velasco 1892, p. 173; cf. Vila 1945, p. 50).

En otras palabras: en el plano visual los relieves orientales son invisibles; en el plano geográfico existen, pero se distinguen de las cordilleras andinas, ya que su importancia se deriva de criterios distintos.

En analogía con la invención del paisaje oriental, la primera mitad del siglo XX trae consigo la invención de sus relieves, que, sin embargo, permanecen en la invisibilidad. La necesidad de esa

1974/75

A pesar de que Enrique Pérez Arbeláez, Joaquín Molano Campuzano y otros geógrafos concentren de modo notorio su interés en el tema de los recursos naturales y su conservación desde los años 50, sus trabajos en torno a esta nueva temática carecen de componentes metodológicos nuevos {1985}. Así por ejemplo, Pérez Arbeláez lamenta que “[p]or falta de catalogación de nuestros Recursos Naturales, nuestra agricultura, industria y comercio avanzaban a la desperdigada y sin norma” (Pérez Arbeláez 1964, vol. 1, p. xxvii). El método es reducido acá a un inventario susceptible de ser insertado a la planeación de la economía, y la preocupación principal de esta geografía reestructurada de los años 50 y 60 parece ser en primer lugar un afán de institucionalización. Esto también se puede sospechar a partir del capítulo sobre el clima en los *Recursos Naturales de Colombia* (Pérez Arbeláez 1964, vol. 1, p. 153 ss.). Más que sobre el clima, éste versa sobre el servicio metereológico y el proyecto de una institucionalización más amplia. El texto de Pérez Arbeláez sugiere que las instituciones garantizarían la elaboración de catálogos ordenados, mucho más que la inauguración de un método moderno para de la geografía y su evaluación como disciplina científica.

invención, plasmada por primera vez con toda claridad en el mapa de la *Amazonia colombiana* de 1911 (Amazonia colombiana 1911\*), se genera a partir de la búsqueda de un mapa nacional {1932}, que no sólo requiere de la integración del Oriente colombiano al espacio andino desde los conceptos hegemónicos del relieve, como por ejemplo los pisos térmicos {1948}, sino también en un sentido más fundamental. La invención de los relieves periféricos permitiría la posibilidad de hablar sobre el Oriente en términos de territorio {1901; 1906}.

Que de hecho no se trata de descubrimientos geográficos, sino de inventos retóricos, no lo podría resumir con mayor claridad Paul Carter, quien se refiere a la invención del paisaje australiano por parte los primeros viajeros de la siguiente manera:

[i]n applying the class term ‘mount’ or ‘hill’, the observer was not describing a geographical object, he was attempting to differentiate the landscape in such a way that he could write about it and get on. [...] They transformed spatial extension into a spatial text, a succession of conceivable places that could be read. Whether they existed or not was by the way: They were necessary differences without which a distinct idea of the landscape could not be formed. (Carter 1988, p. 50)

En este sentido, la existencia “real” de las elevaciones del terreno no es relevante: “[f]rom the traveller’s point of view an isolated hill or, for that matter, a random or symmetrical arrangement of such hills was no

Sin embargo, en 1975 sale al mercado la segunda edición de la geografía general de Colombia de Ernesto Guhl, titulada *Colombia. Bosquejo de su geografía tropical*. La primera edición había sido publicada en 1970, en un solo tomo delgado (Guhl 1970). Frente a ella, la segunda edición presenta un considerable aumento, hasta el punto de alcanzar dos tomos, de manera que se puede hablar de un texto diferente. Hasta ese momento, Guhl había publicado numerosos artículos en revistas especializadas, pero ninguna monografía más allá de la primera edición de la geografía general de Colombia. El *Bosquejo*, fuera de tratarse de una de las pocas geografías escritas según los estándares científicos universitarios del siglo XX – incluida su segunda mitad –, deja establecer con claridad cuáles son las características propias de la geografía guhliana, que la distinguen acaso de todas las demás publicaciones geográficas de la segunda mitad del siglo XX.

En primer lugar, a diferencia de una actividad geográfica marcadamente nacional que procura mantener a la ciencia, así como a la nación, dentro de los límites establecidos por el mapa-logo {1932; 1948; 1959, 2002; 1979; 1985}, profiriendo así una imagen de autarquía nacional, Guhl se refiere constantemente a los contextos

more informative than an undifferentiated plain” (Carter 1988, p. 52). Por consiguiente, “the early traveller denied to hills the name of ‘hill’ when they failed to distinguish his route” (Carter 1988, p. 52).

Es precisamente este tipo de construcción espacial lo que *La Vorágine* no proporciona. Los posibles puntos de referencia se hunden en una selva engañosa e indiferenciada en el espacio, que hace imposible el retorno, el cual permitiría la repetición del camino y la eventual sustitución del viaje por la difusión espacial del desarrollo y el poblamiento (cf. Carter 1988, p. 56) {1906; 1924; 1959, 2002}. Es precisamente contra ese mundo sin calidades que el discurso incipiente sobre los relieves orientales intenta afirmar la posibilidad de la diferenciación espacial, tal y como es anunciada por la conceptualización de su comunicación con el centro {1924; 1959, 2002}. Sin embargo, se impone la necesidad de reconciliar esta conceptualización con las calidades adscritas al paisaje oriental, con el resultado de que la diferenciación espacial permanece invisible. Sería sólo el fenómeno retórico, y muchas veces físico, de la tala de la selva, con la ayuda de diseños espaciales para la integración económica, lo que permite empezar a descubrir esos relieves ocultos. Este descubrimiento tiene un primer comienzo ambiguo y sin consecuencias

regionales y globales de los fenómenos observados. De este modo se torna posible extraer los objetos de la topografía colombiana de los límites de la nación. Por ejemplo, las formaciones cársticas de la Cordillera Oriental son comparadas con las del Paraná en el Brasil (Guhl 1975, vol. 1, p. 46), y la descripción de los llamados relieves periféricos {1979} ignora la frontera internacional para describirlos como un sistema natural regional (vol. 1, p. 46). Así mismo, “[e]n la estación [meteorológica] de la Laguna de Chisacá ya se observa, pues, claramente el régimen climático del hemisferio norte para la zona ecuatorial” (vol. 1, p. 58). En el cuadro geológico del pleistoceno, los procesos colombianos son comparados con los acaecidos en Europa (vol. 1, p. 70 ss.). Muchas veces Guhl se refiere además a investigaciones sobre Colombia y la región andina llevadas a cabo fuera del país (vol. 1, p. 219 s.), y por supuesto las definiciones de los elementos geográficos se dan a partir de la nomenclatura científica universal, como por ejemplo la diferenciación entre lagos, lagunas y ciénagas (vol. 1, p. 121 ss.). Guhl inserta el espacio colombiano en el andamio de los conceptos geográficos modernos universales.

En segundo lugar, en cuanto al manejo de las fuentes bibliográficas, Guhl no sólo recurre a publicaciones extranjeras con

en 1911, con la ocupación del puerto colombiano de La Pedrera por el ejército peruano {1890; 1924; 1932}.

Sólo a partir de los años 70 esta tala retórica y real de la monotonía selvática dispara una ola de mapas temáticos diferenciados del Oriente colombiano. Pero el primer gran proyecto cartográfico, el Proyecto Radargramétrico del Amazonas, o Proradam, publicado en 1979 (Proyecto Radargramétrico del Amazonas 1979\*), recurre precisamente a las posibilidades técnicas del reconocimiento remoto. Pareciera que los nuevos recursos técnicos permitieran, más que ver el Oriente, radiografiarlo, desentrañar los secretos que ocultaba hasta ese momento bajo el mundo de las apariencias engañosas, mundo que sigue reproduciéndose en el imaginario nacional mediante la lectura escolar de *La Vorágine*. De este modo, en la introducción de la compilación *Amazonia colombiana: diversidad y conflicto*, los editores califican Proradam como “hito” en la investigación sobre la Amazonia, como primer proyecto que “homogenizó el conocimiento existente” (Andrade, Hurtado Guerra & Torres 1992, p. 3), conocimiento que hasta entonces se había generado únicamente a partir de investigaciones y exploraciones individuales y aisladas.

Tal homogenización del conocimiento significa también la

frecuencia ignoradas en las demás geografías de Colombia, sino que parece listar *todas* las fuentes disponibles sobre un tema. Estas fuentes forman un conjunto en el cual la una coexiste lado de la otra sin diferenciación cualitativa. Es decir, por la manera de citar y de dar sus referencias bibliográficas, es evidente que Guhl considera todas sus fuentes como científicas. En contra de la práctica muy común de muchas de las publicaciones periódicas especializadas, consistente en no citar las fuentes, copiar de otras publicaciones sin mención de la fuente y citar de memoria sin referencia al autor, Guhl establece claramente la procedencia de su información. De esta manera, Guhl no sólo le otorga autoridad científica a su propio trabajo, apto de esta manera para participar en el discurso científico internacional, sino también introduce una práctica científica poco divulgada en Colombia, por lo menos en lo que se refiere a la geografía. Con ello introduce una de las prácticas fundamentales del discurso científico moderno. Más que seguir una línea de tradición en la cual el investigador más reciente está moralmente en deuda con los próceres de la ciencia, el manejo de fuentes científicas de Guhl construye toda una red de investigación, en la cual toda la información disponible es analizada para establecer su consistencia y para conformar una comunidad de investigación

homogenización del espacio, tanto en su interior como en su relación con el espacio andino, y con esto no es accidental la opinión de que en los mapas de Proradam, “por primera vez, apareció [...] el relieve de la Amazonia” (Andrade, Hurtado Guerra & Torres 1992, p. 3). Este descubrimiento implica a su vez, como también enuncian los editores, un cambio en el concepto de la Amazonia, hasta entonces imaginada como prodigio de recursos a gran distancia del centro andino. Proradam significa, simultáneamente, el descubrimiento de los relieves periféricos y de un espacio homogeneizable y del presente. Éste ya no se piensa como alcanzable tan sólo en un futuro que técnica y temporalmente logre superar la distancia inconmensurable entre el centro y su heterotopía {1903; 1924}. El espacio ya está a disposición, disolviendo la heterotopía.

En términos concretos, Proradam significa el desarrollo de una cartografía temática detallada para la Amazonia colombiana. Lo distintivo de esta cartografía es la introducción del color para la representación de las diferentes temáticas, tal y como el *Atlas de economía colombiana*, limitándose al eje andino, lo había hecho sólo para algunos temas (Banco de la República 1959, mapa 7\*; 1960, mapa 12\*; 1964, mapa 31\*) {1959, 2002}. La cartografía de Proradam

interesada en aumentar determinado tipo de conocimiento. Desde el manejo mismo de las fuentes se establece una nueva manera de hacer ciencia.

En tercer lugar, este nuevo método se caracteriza a su vez por tres elementos en particular: el tipo del levantamiento de datos, el modelo explicativo y el concepto del progreso científico. En cuanto al tipo de levantamiento de datos, en un sentido general se puede decir que Guhl construye su geografía de Colombia a partir de eventos científicos particulares que se refieren a lugares específicos de la geografía nacional, contruidos por estos mismos eventos. Así por ejemplo, Guhl establece su descripción del clima paramuno a partir de datos levantados en excursiones concretas, que no permiten establecer el clima paramuno sino para el lugar específico visitado (Guhl 1975, vol. 1, p. 51 ss.). En la medida en que no existan datos concretos, no se puede elaborar la descripción de determinado fenómeno geográfico (cf. 1975, vol. 1, p. 56). De ahí que observaciones del siguiente tipo se encuentren passim: “[d]urante los días 24 al 29 de enero de 1959, se marcaron las puntas terminales de algunos glaciares en la Sierra Nevada del Cocuy, con el siguiente resultado: de los Cerros de la Plaza baja un glaciar con varias lenguas, cuyas puntas finales tienen las

produce en cambio una explosión de la gama de colores y de sus matices para todos los temas, es decir, de las categorías constitutivas de los esquemas clasificatorios. Mientras que los mapas físicos, y más aún los de los pisos térmicos, logran una subordinación de la llanura en un continuo de construcción sencilla, estos nuevos mapas temáticos, en parte gracias a la mayor diferenciación de la periferia, logran indicar la dirección del paulatino des-cubrimiento territorial, a diferencia de la mera expansión económica {1959, 2002}. Las superficies de color homogéneo de la periferia son cada vez menores, el contraste con los colores andinos disminuye cada vez más, y las escalas cromáticas dejan de parecerse ostensiblemente a las propuestas por los mapas físicos y de los pisos térmicos (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1993; 1997\*).

Es sin embargo notorio que los colores, en muchos casos, sigan imitando los del mapa físico, y en ocasiones los del mapa de los pisos térmicos. Un ejemplo para ello es el mapa de suelos elaborado por Proradam (Proyecto Radargramétrico del Amazonas 1979\*), que muestra una Amazonia verde en la mayor parte de su superficie, con los suelos de origen fluvial en tonos de azul, mientras las estructuras destacadas aparecen en otros colores, por ejemplo los suelos rocosos

siguientes alturas: 4.425 m., 4.390 m. y 4.325 m.” (1975, vol. 1, p. 64). Tanto el *Bosquejo* como los numerosos artículos de Guhl contienen frecuentemente tablas de datos observados en lugares concretos (1945c, p. 439 s.). Guhl aboga entonces por un conocimiento directo de los espacios geográficos y rechaza la planeación con el solo recurso al mapa y al informe (1975, vol. 2, p. 255). En una palabra, Guhl trata de hacer *ciencia* en el sentido moderno de la palabra.

En cuanto al segundo aspecto que caracteriza el nuevo método de Guhl, su modelo explicativo, Guhl procede a establecer relaciones entre los diferentes fenómenos observados. En vez de contentarse con responder a uno u otro de los listados de categorías preestablecidas que aparentan objetividad, pero cuyo resultado a su vez se reduce a la apreciación empírica y subjetiva de los fenómenos observados, Guhl establece relaciones de causas y efectos, de interconexión y de circulación. De este modo, en un sentido general observa por ejemplo que “[1]a red fluvial y los lagos están estrechamente vinculados con el régimen hidrológico general de las distintas regiones geográficas del país, es decir, también con el clima, la vegetación, la forma y composición geológicas del relieve” (Guhl 1975, vol. 1, p. 107).

Este modelo explicativo se hace especialmente pertinente en

en violeta y las superficies de denudación en anaranjado y verde claro. Proradam y los proyectos de cartografía temática que le siguieron significan, en primer lugar, el des-cubrimiento de la topografía andina en la Amazonia. El Oriente colombiano se hace territorio mediante el recurso a la cartografía, en la medida en que surge la posibilidad de representarlo en categorías análogas a las del espacio central. A partir de este momento, tema y relieve coinciden nuevamente, pero esta vez no sólo en la representación, como sucede en el mapa de los pisos térmicos, sino también en el espacio. De esta manera, el mapa de Proradam y los que le siguen inventan el territorio de la periferia.

Entre los proyectos posteriores a Proradam hay que mencionar, en primer lugar, *Aspectos ambientales para el ordenamiento territorial del Occidente del departamento del Caquetá* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1993), *Paisajes fisiográficos de la Orinoquia – Amazonia (ORAM) Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1999) y *Zonificación ambiental para el plan modelo colombiano (Eje Apaporis-Tabatinga: PAT)* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1997\*), adelantados todos también por el IGAC. Además de estos proyectos, en los últimos quince años se adelantó una serie de investigaciones por instituciones universitarias y privadas, casi

relación con los fenómenos pertenecientes a la geografía humana. Mientras que en la geografía colombiana persiste a veces hasta hoy en día la convicción de que la alta natalidad constituye un factor positivo, dada “ la necesidad que tiene el país de poblarse” (Vila 1945, p. 144), o de que no se deben aplicar “filosofías inhumanas” (Pérez Arbeláez 1964, vol. 1, p. xxi), como se supone que es la del control del crecimiento demográfico, Guhl procede a una discusión pormenorizada sobre el tema del crecimiento demográfico. En vez de limitarse a la simple relación crecimiento demográfico – poblamiento de la periferia, y en contra de la opinión de Pérez Arbeláez, según la cual el crecimiento demográfico no debe producir pánico sino alegría, Guhl sostiene que el

rápido crecimiento de la población en el presente, con tendencia cada vez más acelerada hacia el futuro, es el fenómeno más importante en la vida del pueblo colombiano y muestra claramente cómo una dinámica demográfica depende de la vida material de la sociedad, sujeta a la interrelación del medio ambiente geográfico físico, de la población y su desarrollo cultural y de las formas de producción. (Guhl 1975, vol. 2, p. 10)

A partir de esta hipótesis teórica de la interrelación de fenómenos, Guhl considera el desplazamiento del excedente de población en la región andina a la periferia deshabitada como un fenómeno claramente negativo (Guhl 1975, vol. 2, p. 251 s.). Sin embargo, tampoco las

todas en referencia al piedemonte y los relieves periféricos descubiertos por Proradam. Las áreas investigadas coinciden a su vez con algunos de los Parques Nacionales Naturales y de las Reservas Nacionales. Aunque la Cueva de los Guácharos en el sur andino de Colombia fuese declarada como primer Parque Nacional Natural en 1960, el gran auge de los Parques se inicia apenas en la segunda mitad de los años 70, simultáneamente a la ejecución de Proradam.

Casi todos estos proyectos recientes, a su vez congruentes con un nuevo *boom* de áreas protegidas, recurren al menos en parte al mismo tipo de cartografía temática propuesta por Proradam. Sin embargo, también se pone de manifiesto una subsiguiente reducción de la representación temática al relieve. Con el mapa “Reserva Nacional Natural Puinawai. Mapa Político Administrativo y Usos del Territorio” (Etter 2002\*), por ejemplo, Andrés Etter parece prometer un mapa temático a color, pero simplemente muestra la red hidrográfica en azul, las elevaciones de terreno como superficies café y las áreas intervenidas por el hombre en rojo, todo esto sobre un fondo blanco. El efecto visual del mapa se basa en el contraste entre blanco y café, las dos superficies de mayor extensión, que marginan visualmente los demás aspectos representados, por ejemplo las zonas de pesca,

categorías del excedente de población y de los efectos negativos de la migración hacia la periferia resultan ser absolutas. Guhl no ve condiciones absolutas, sino situaciones relativas, que dependen de las relaciones vigentes entre diferentes fenómenos geográficos y en determinados contextos: “un territorio superpoblado deja de serlo, y hasta se convierte en sub-poblado si se cambia la organización social, la cultura y la técnica del conglomerado humano que lo ocupa, sin que éste disminuya numéricamente” (Guhl 1975, vol. 1, p. 253). A raíz de esta perspectiva, más que abogar por la colonización, Guhl lo hace por un cambio social general desde la región andina, desde el cual se podría gestar luego una colonización adecuada de la periferia oriental, y en especial de la Amazonia:

[I]a expansión territorial como única solución de problemas económicos y sociales, es una medida contraproducente, lleva a la destrucción de los recursos naturales en las regiones selváticas periféricas, las únicas desocupadas, y equivale a crear más pobreza y aumentar los problemas por dispersión geográfica de la población. Sin embargo, deben colonizarse en Colombia tierras nuevas con criterios y técnicas nuevas (Guhl 1975, vol. 1, p. 260).

En contra de las diferentes variantes del determinismo geográfico, Guhl pone al hombre en el centro de su geografía, y por consiguiente los problemas geográficos constituyen, más que dificultades del medio ambiente, crisis de las ciencias, del hombre o de

delimitadas por líneas azules sin relleno, y las rutas de cacería {1948}.

En un sentido similar, el *Proyecto minero del Guainía* (Universidad de los Andes 1988), un proyecto estatal de explotación minera a gran escala, llega incluso a proponer una “ciudadela” para la Serranía de Náquen (mapa 18\*). Se trata de una de las representaciones más detalladas dentro de la publicación, y es mucho más precisa que las representaciones de la serranía como tal {1948}. Los fines declarados por este proyecto consistían en la afirmación de la soberanía colombiana en la frontera oriental, la generación de divisas y el desarrollo socioeconómico de la periferia, todo dentro del marco de la sostenibilidad ambiental. Sin embargo, las diferencias entre los mapas de temática física y los de diseño urbano en cuanto a sus grados de detalle y elaboración abren dudas acerca de la precisión de la investigación ambiental.

La publicación de la Fundación Puerto Rastrojo sobre la Serranía de Chiribiquete (Hildebrand & Peñuela 1999) elimina toda duda acerca de las bases de su representación cartográfica. En analogía con las cordilleras andinas, se sostiene que “la ecoregión de las serranías está representada, en la Amazonia colombiana, por cuatro ‘cordilleras’ que se extienden de norte a sur” (Hildebrand & Peñuela

la sociedad (Guhl 1975, vol. 2, p. 78). En contra del mito de la difícil geografía colombiana {1958/59}, y bajo el sello de una pronunciada conciencia social (Guhl 1991, p. 11 s.), Guhl desarrolla una propuesta distinta acerca de la relación entre el espacio y la sociedad (cf. Guhl 1945 a, p. 264 s.). De ahí que su modelo explicativo a partir de un contexto de investigación universal se oriente, de un lado, según la interrelación de los fenómenos geográficos, pero también, de otro lado, según un marcado relativismo, no sólo en relación con el hombre, sino también con el espacio físico. Pero mientras que en relación con el ambiente físico podría sostenerse que Guhl considera la posibilidad de elaborar eventualmente un mapa diferenciado, que incluyera los múltiples matices espaciales en su mayoría aún desconocidos, en relación con la definición de las regiones se destaca su clara conciencia de que se trata de una herramienta, no de la copia de una realidad que fuese posible describir en términos absolutos y objetivos. En consecuencia Guhl sostiene que la regionalización es “una función de los fines que con ella se persiguen y, además, no tiene carácter estático sino que, por el contrario, es susceptible de cambios y modificaciones” (Guhl 1975, vol. 2, p. 36 s.). En vez de afanarse por encontrar una verdad absoluta y duradera, Guhl considera que “[s]i este ensayo [...]

1999, p. 37). Dos fotos llevan acotaciones en el mismo sentido. Una de ellas muestra una “Vista de la Sierra de la Macarena, parte de la Cordillera más ‘Occidental’ de la Amazonia colombiana”, mientras en la otra se ve una “Cascada en la región de Puinawai, perteneciente a la ‘Cordillera’ más oriental de la Amazonia colombiana” (Hildebrand & Peñuela 1999, p. 42, fotos no. 11 y 14).

La presencia continuada del relieve y su expansión hacia la periferia se hacen así notorias y parecen dictaminar el tipo de resumen del mapa nacional que en la actualidad, aparentemente, sigue siendo el único posible. Cuando menos el “Esquema de la Estructura Climático-Hidrológica en el área ORAM” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1999), puede ser leído como comentario al mapa nacional de Colombia en este sentido. El principio de integración del territorio lo ofrece el relieve. Tanto el óvalo vertical alargado que representa la región andina, como los dos óvalos de orientación horizontal que representan la Amazonia y Orinoquia, contienen rectángulos que significan elevaciones más altas. Éstas, junto con las rectas y diagonales que las conectan y que representan los ríos andinos en la planicie, establecen una relación visual entre los dos espacios de centro y periferia. Se trata entonces de una integración a partir de elevaciones montañosas

contribuye a que organismos o instituciones [...] se esfuercen por desarrollar [...] una regionalización que concuerde, corrija o destruya la que hemos descrito, creemos haber prestado al país un valioso servicio” (Guhl 1975, vol. 2, p. 45).

Se desprende de ahí el tercer aspecto que marca el método de Guhl, la definición del progreso. Más que apreciar a la ciencia como verdad, Guhl ve en ella una herramienta útil para la discusión continuada de fenómenos que se encuentran en constante cambio y que deben ser sometidos permanentemente a una reconsideración. Lejos de ser una búsqueda de la verdad, cuya perfección habrá de alcanzarse algún día y de identificarse con el estado de felicidad de la nación, la ciencia significa una constante discusión. Por consiguiente, Guhl se opone al concepto del progreso científico como se sostiene en Colombia. No se trata de responder a categorías preestablecidas y aparentemente naturales hasta llegar a un estado de compleción, esto es, de verdad. No se trata de una copia de la realidad, de un *mapa*, sino de reconsiderar los diferentes fenómenos geográficos de acuerdo con las circunstancias, de reconstruir la geografía de un lugar determinado cada vez que ésto sea necesario:

ubicadas en espacios que siguen siendo representados en categorías opuestas: vertical contra horizontal, matices claros contra matices oscuros, forma alargada contra forma redonda. La extensión del espacio juega todavía el papel de fondo, mientras que las elevaciones más altas de ambas partes del mapa binario constituyen los lugares privilegiados de la descripción.

1955

El descubrimiento de los relieves periféricos parece desplazar una representación que surge paralelamente al mapa físico {1979}. Me refiero al mapa de las “Regiones fisiográficas de Colombia”, realizado por Ernesto Guhl. Dado a conocer por primera vez en una publicación del Ministerio de Trabajo titulada *Caldas. Estudio de su situación geográfica, económica y social, como base para el establecimiento de un régimen de seguridad regional* (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social 1955, p. 1\*), entre otras publicaciones el mapa apareció igualmente en el *Atlas de economía colombiana* (Banco de la República 1959, mapa 7\*) y en la primera edición del *Atlas de Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1967, p. 74\*). En comparación con el resto de la cartografía colombiana de su momento,

[c]ometen un grave error quienes se resignan a considerar como definitiva e inalterable lo que es únicamente una fase de evolución que sólo es transitoria y que se caracteriza hoy por un estancamiento de la cultura y un desarrollo material, en ciertas regiones seminaturales con aparente determinismo espacial. Las nuevas situaciones hay que enfrentarse [sic] con nuevos criterios y conceptos (Guhl 1975, vol. 2, p. 145).

No obstante, las críticas de Guhl a las diversas producciones de la geografía colombiana son tan frecuentes como lo es la marginación de su geografía por parte del discurso institucional del IGAC y por parte de la geografía escolar desde el momento de su ingreso a la universidad en los años 60. Acusado a nivel informal de ser desordenado, como sinónimo de “no serio” y “no científico”, no se percibe que su geografía constituye un intento aislado de practicar otro tipo de método y orden, y de establecer relaciones complejas entre fenómenos múltiples. De ahí que el proyecto guhliano de una geografía extensa, en analogía con la *Historia extensa* (Guhl 1975, vol. 1, p. 127), nunca se haya realizado, y que la geografía que tal vez con mayor éxito compite con el *Bosquejo* sea la *Nueva geografía de Colombia* de Francisco Javier Vergara y Velasco. En 1974, el Banco de la República vuelve a publicar la tercera edición de esta obra, de 1901 (Vergara y Velasco 1974), y Eduardo Acevedo Latorre sostiene en el prefacio que el primer tomo “es la mejor y más acertada descripción geográfica hecha hasta hoy” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. ix). Aunque

el mapa de Guhl ostenta un grado elevado de complejidad, puesto que supera las clasificaciones simplistas del mapa físico y de los pisos térmicos. Esta nueva complejidad lo acerca a los mapas temáticos posteriores a Proradam, sin recurrir empero al relieve como principio de integración de la periferia.

En vez de ello, Guhl procede a inventar una superficie análoga a los pisos térmicos. A diferencia del espacio andino, organizado en franjas horizontales según la temperatura y la altura, la periferia, ubicada íntegramente en la franja más baja de la tierra caliente, es diferenciada en superficies más o menos integradas según la cantidad de las precipitaciones. El mapa constituye así uno de los pocos ejemplos de una cartografía que combina diferentes factores para elaborar una representación compleja. La base del mapa consiste en un continuo de colores que no se ordenan en una jerarquía o un continuo de grados, sino más bien en una red. Varios tonos de amarillo y de verde oscuro y claro significan las diferentes regiones, en una combinación de factores que incluyen la temperatura, la precipitación, la vegetación y la intervención humana. De esta manera, todas las regiones mantienen algún tipo de vínculo entre sí. Regiones de diferentes temperaturas pueden ostentar regímenes pluviométricos

Vergara es con frecuencia objeto de imputaciones similares a las sufridas por Guhl – el desorden y la falta de un método compatible con la práctica geográfica del inventario –, la descripción de Acevedo, en su intento de desenterrar y rehabilitar la fuente principal de la geografía excluyente y determinista de los pisos térmicos {1901; 1948}, se ubica en contra los intentos de Guhl de establecer una geografía moderna. Los métodos de Vergara, aunque rechazados en su momento a causa de su novedad, resultan obsoletos para 1974. Sin embargo, se procura afirmarlos en contra de otro proyecto más productivo, que termina siendo confinado al campus de la Universidad Nacional de Bogotá.

En este contexto, no puede dejar de mencionarse una circunstancia paradójica. A pesar del manejo cuidadoso de sus fuentes bibliográficas, Guhl nunca cita la fuente que acaso tuvo la mayor influencia sobre su concepto, no de la geografía como ciencia, pero sí del territorio y la topografía de Colombia. Se trata precisamente de la geografía de Vergara y Velasco. La explicación de ello se encuentra en el papel que el texto de Vergara y Velasco desempeñara para Guhl. Esta geografía le brinda, por decirlo así, el sustrato de su propia visión de Colombia. Es el *terreno* que pisa y a partir del cual elabora su propia interpretación de la “realidad colombiana”. Vergara constituye

similares, a la vez que diferentes grados de humedad se pueden producir en el mismo piso térmico. Guhl considera que la fisiografía del país se constituye a partir de “cinturones horizontales y verticales de clima y vegetación” (Guhl 1975, vol. 1, p. 263): lo que la temperatura significa en relación con la altura, lo significa la humedad en relación con la superficie.

Por consiguiente, se hace posible sostener, ya no sólo acerca del eje andino, que “[t]al cantidad de microfactores interfieren y matizan el panorama climático colombiano, de manera que, sobre su territorio, se produce un verdadero mosaico de regiones geoclimáticas (ecotopos), único en el mundo” (Guhl 1975, vol. 1, p. 216). En otras palabras: con el mapa fisiográfico de Guhl todo el territorio nacional empieza a ser variado, o, lo que viene a ser lo mismo, por primera vez se piensa el territorio nacional como un conjunto a partir de criterios de homogeneidad. De acuerdo con esta combinación de factores, el relieve desaparece del mapa y, en la primera edición, es sustituido por un rayado doble que significa las “vertientes”. El mapa crea en esta forma agrupaciones espaciales distintas de las topográficas. En vez de poner el énfasis sobre las distintas zonas altitudinales, las disuelve en superficies a veces muy pequeñas, mas no definidas exclusivamente

entonces mucho más, o mucho menos, que una fuente de información – es la geografía de Colombia.

Esto vale afirmarse no sólo para el caso de Guhl, sino virtualmente para toda la geografía colombiana del siglo XX. Declarar esta fuente equivaldría a reconocer el carácter no sólo cambiante y analizable de los diversos fenómenos geográficos, sino además su calidad de construido. Hablar de Vergara significaría quitarle la basis a un sistema que solamente funciona mientras se asuma la existencia de un mundo real y susceptible de ser descrito con la misma inmediatez con la cual puede pisarse con los pies. De ahí que en último término tanto la publicación del *Bosquejo* como la reedición de la *Nueva Geografía* resulten siendo eventos igualmente marginales, en el ámbito de un discurso geográfico que persigue exclusivamente su propia utilidad práctica para el desarrollo capitalista de la economía. Poner en duda este fin, ya sea mediante la introducción de nuevos métodos o mediante la revelación de su sustrato topográfico, equivaldría a declarar como errada toda la geografía institucional practicada en el momento {1958/59}.

por la altura, sino también por factores compartidos con zonas de alturas diferentes.

La variedad y la primacía de la montaña se producen ahora más que todo a partir del “mosaico” de colores, que muestra grados de menor diferenciación para otras regiones, aquellas más bajas pero cualitativamente iguales y relacionadas con las regiones de mayores grados de diferenciación. En cuanto a la reorganización concreta del mapa, la región montañosa sigue destacándose, pero ya no en el marco de una estructura binaria. Aparte de contener todos los colores que aparecen en las convenciones, resalta por los diferentes rayados aplicados para las vertientes y las zonas de intervención humana, y por las manchas negras que significan el páramo. La costa pacífica es anexada a la región andina mediante la expansión del rayado, aunque también se corresponde con la Amazonia a partir del color verde oscuro. La zona caribe y los Llanos Orientales se corresponden entre sí mediante los colores y las estructuras redondas. La Amazonia permanece como única superficie carente de subregiones y diferenciación, constituyendo así la última periferia.

De este modo, todas las zonas tienen correspondencia con la zona andina, la cual a su vez permite relacionarlas entre sí,

1959, 2002

En el contexto de la investigación geográfica esbozado hasta aquí, es significativo que el IGAC nunca haya publicado una geografía general de Colombia. Sus publicaciones consisten en las monografías y mapas seccionales, los mapas topográficos, así como diversas otras producciones cartográficas, y en especial los atlas nacionales o *Atlas de Colombia*. Estos últimos constituyen con seguridad la publicación de mayor alcance, que además de las cinco ediciones generales también conoció seis ediciones escolares. Pero la genealogía de los *Atlas de Colombia* se remonta a un momento anterior a su primera edición, publicada en 1967. Entre 1959 y 1964, el Banco de la República edita un atlas en cuatro entregas que constituye el modelo discursivo de toda la cartografía nacional de la segunda mitad del siglo XX: el *Atlas de economía colombiana* (Banco de la República 1959; 1960; 1962; 1964). En ambos atlas, el del IGAC y el del Banco, colaboran varios de los geógrafos sobresalientes del momento, en primer lugar Ernesto Guhl y Eduardo Acevedo Latorre {1958/59}. La relevancia de ambos atlas consiste en constituir el símbolo de una red discursiva que empieza a formarse en torno a ellos desde el momento de su publicación.

constituyendo todo el grupo un continuo. De acuerdo con el descubrimiento administrativo y económico de la periferia, y su reconceptualización como semiperiferia, también el mapa fisiográfico disuelve las jerarquías y traspone la integración económica al ámbito de la naturaleza. El Caribe, Los Llanos y tal vez también el Pacífico constituyen entonces los espacios que guardan una estrecha relación con los Andes, y que en parte también se relacionan entre sí, mientras que la Amazonia es definida como margen que en lo posterior habrá de convertirse en una heterotopía de otro tipo, la biodiversidad {1985}.

En otras palabras, Guhl logra darle representación cartográfica a un continuo libre de exclusión, que agrupa partes de la periferia entre sí y con el centro. La introducción de la humedad en la definición del espacio, al construir también para la tierra caliente la variedad andina, pero a partir de un criterio que no pertenece exclusivamente a la montaña, significa un nuevo tipo de integración. En otra ocasión, esta reorganización incluso le permite a Guhl agrupar los climas paramunos con diferentes climas de tierra caliente, según los diferentes grados de humedad (Guhl 1975, vol. 1, p. 213 s.). El mapa fisiográfico reorganiza de esta manera el mapa binario tradicional, sin que éste sea descartado. Mientras el mapa físico y el de los relieves periféricos

Aunque el *Atlas de economía colombiana* recurre no sólo al *Atlas geográfico e histórico* de 1889 {1889}, sino además a un proyecto más amplio para un atlas nacional propuesto por Codazzi en 1857 (Codazzi 1996, pp. 248-252), se presenta en él una propuesta narrativa completamente nueva. Su aparente parentesco con el atlas de 1889 y el proyectado por Codazzi constituye entonces, más que el simple recurso a un modelo anterior, la *construcción* de una continuidad y una tradición geográficas que se nutren en el proyecto decimonónico de Codazzi {1958/59}.

La construcción del parentesco se hace evidente al comparar la propuesta original de Codazzi, nunca realizada, con la versión del *Atlas de economía*. Lo que Codazzi propone en 1857 es un atlas de 52 planchas. Fuera de una parte de los mapas temáticos, que sí es publicada en 1889 {1889}, el atlas en su concepción original habría de contener un mayor número de mapas históricos, así como los mapas de las divisiones administrativas, y sobre todo una gama mucho más amplia de mapas temáticos: varias planchas de geología, “terrenos cubiertos de selvas, de gramíneas y de cultivos” (Codazzi 1996, p. 249), terrenos baldíos, quinas, lagos, ríos, cordilleras, poblaciones, climas, vientos, pluviosidad, zonas de cultivos, maderas, zoogeografía,

construyen la periferia en analogía con el mapa binario elaborado a partir de una escala de grados {1901; 1948; 1979}, la precipitación significa pensar la periferia en términos de los pisos térmicos convertidos en superficie.

Esta invención de una periferia integrada, es decir, convertida en semiperiferia, se diferencia desde la naturaleza claramente de otra, que inventa el territorio más bien a partir de la expansión de la economía del centro a un espacio, no tanto desconocido o vacío, sino inexistente {1866-1886; 1959, 2002}. Sin embargo, la relación existente entre la semiperiferia de la naturaleza y la semiperiferia económica no es accidental en esta concepción. Las condiciones climáticas constituyen el factor que define las posibilidades de vida del ser humano, aunque también las posibilidades económicas provoquen la redefinición de las condiciones naturales. Por ello la relación entre la explotación del petróleo en los Llanos Orientales y la agrupación de éstos con la costa caribe obedece menos a criterios naturales – que siempre resultarían siendo contruidos en uno u otro sentido –, que al deseo, surgido desde los años 30 en pos de una lenta integración económica, de relacionar conceptualmente este espacio con la naturaleza andina {1932}. La agrupación de los Llanos Orientales con

minerales, delitos, comercio, industria, riqueza, densidad poblacional, “ilustración” (Codazzi 1996, p. 249). Los cuatro volúmenes del *Atlas de economía colombiana* ostentan un enorme parecido con este conjunto temático. En este *Atlas* se incluyen, al lado de muchos otros, los siguientes temas: clima, precipitaciones, regiones, suelos, sismología, crecimiento poblacional, carbón, petróleo, esmeraldas, hierro, cemento, sal, economía forestal, transporte, medios de comunicación masiva, utilización de suelos, nivel de vida, tenencia de tierra, colonización, irrigación. Fuera de eso, el *Atlas* incluye también los mapas de los departamentos – aunque no los de las comisarías e intendencias –, como lo había propuesto Codazzi en 1857.

Pero por debajo de esta continuidad se hacen manifiestas algunas rupturas importantes. Ante todo, se hace notoria la omisión de la temática histórica, a la cual Codazzi había destinado un espacio considerable en su propuesta original. A primera vista pareciera que el atlas del Banco de la República constituye más que todo la ampliación, o una especie de complemento, de la parte temática del *Atlas geográfico e histórico* como se publicara en 1889, en el sentido de retomar la propuesta original más antigua y nunca realizada. En esta forma, el *Atlas de economía colombiana* se conectaría de una manera

la costa caribe los relaciona con la semiperiferia privilegiada del país, como es descrita en el *Atlas regional del Caribe*: “la región del Caribe es un área especialmente bien situada y con las mejores posibilidades, en relación con otras zonas marginales del país, para soportar un mayor desarrollo y para recibir los excedentes poblacionales del interior del país” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1978, p. 15). La razón de este privilegio consiste en la baja humedad que diferencia a la costa atlántica, ya no del Oriente, sino del Pacífico y de la Amazonia. Cuanto más húmedo sea un lugar, tanto menores se consideran sus posibilidades de integración y desarrollo (Guhl 1975, vol. 2, p. 165).

Pero la humedad, al ser interpretada en este sentido, más que constituir un impedimento objetivo contra la utilización de la tierra, indica el deseo de confinar la exclusión a aspectos que mantienen la apariencia de objetividad, o a aspectos que siguen constituyendo una diferencia. Después de todo, también los Llanos Orientales fueron agrupados por mucho tiempo con las regiones demasiado calientes y demasiado húmedas (Díaz Escobar 1879, p. vi). En este sentido, el mapa fisiográfico constituye la legitimación de la expansión económica desde la naturaleza de la periferia misma. Bajo esta luz, resulta especialmente acertado que el concepto de los cinturones

directa y continua con los proyectos de un atlas nacional de Codazzi y de la geografía de la Regeneración. Sin embargo, por debajo de esta continuidad con la tradición, de carácter construido, se despliega un cambio importante en la estructura narrativa, que apunta hacia una versión científica del determinismo ambiental. En cierto sentido, el conjunto de mapas de ese atlas *también* constituye una acumulación, en principio abierta, de mapas temáticos. Pero éstos apuntan, ya no al control del territorio {1811, 1827} ni al de la narración histórica o del territorio {1889; 1901; 1906}, sino al control de la representación temática, para lograr la gama más exhaustiva posible de facetas de la nación {1889}.

Esta acumulación cuantitativa significa también un giro cualitativo para la narración que generan, y que consiste en la reorganización de los mapas temáticos. El *Atlas de economía* inicia con los mapas de la geografía física, a los que siguen los del tema de la población y la economía, para finalizar con los mapas de los departamentos y con diversos mapas temáticos sobre cada uno de éstos. En su conjunto, los cuatro volúmenes publicados siguen este orden. En esta forma, las características geográficas de la población y la economía surgen “como resultante de los dos primeros [volúmenes]”

horizontales de Ernesto Guhl haga alusión, acaso sin querer, a los anillos de la producción económica de Thünen (Haggett 1991, p. 526 ss.) {1959, 2002}. Aunque no mediante círculos perfectos, el mapa muestra un núcleo que contiene todos los climas, rodeado de zonas no tan variadas y en mayor o menor grado aptas para ser habitadas por el hombre, de acuerdo con su cercanía al eje andino. La Amazonia, en tanto espacio menos diferenciado y de mayor humedad, sería especialmente inadecuada para el poblamiento humano, y por ende, para ser integrada a la nación. La construcción de la naturaleza periférica legitima de este modo el concepto de su desarrollo económico {1959, 2002}, con el cual tiene una relación de congruencia, mas no de identidad. La invención de la naturaleza periférica obedece a otro principio: pretende revelar lo que le es idiosincrático, lo que parece diferenciarla del eje central sin discriminarla. Sin embargo produce las mismas estructuras en cuanto al avance del desarrollo económico que le es paralelo en el tiempo y el espacio.

A partir de la propuesta de las regiones fisiográficas y su reorganización del mapa binario, se elabora luego una serie de mapas que retoman sus principios de construcción: por ejemplo, el “Mapa

(Banco de la República 1959, s. p.). Aparte de acumular temas geográficos sobre el mapa-logo de la nación, el atlas introduce entonces la narración de la cadena causal medio ambiente – hombre – progreso, que sustituye a la antigua narración histórica {1889}, así como a la descomposición del territorio propuesta por Vergara {1906}, para narrar los contenidos del mapa-logo, es decir, de la nación consolidada cartográficamente. La geografía física, y en primer lugar el mapa físico {1979}, constituye entonces la base explicativa de todos los fenómenos observables dentro de los confines del territorio nacional. De ahí que en su gran mayoría los mapas temáticos del *Atlas de economía* correspondan estructuralmente a la representación jerárquica, pero inclusiva, de los niveles de altura y los pisos térmicos {1901; 1948; 1979}.

Bien comprendido, no se trata en el orden de los mapas del tipo de causalidades en-red-adas de Ernesto Guhl {1974/75}, sino de las causalidades deterministas propuestas por Francisco Javier Vergara y Velasco. A base de categorías temáticas preestablecidas y vueltas naturales, los mapas llenan un vacío de información y confirman la predominancia del relieve, del cual se derivan todos los demás fenómenos geográficos. Este tipo de cartografía temática, que consiste

ecológico exploratorio y de suelos asociados” (Banco de la República 1964, mapa 31\*), el mapa de utilización de tierra (Banco de la República 1964, mapa 37\*; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1992, p. 194 s.\*), “El sistema geográfico de los climas en Colombia” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1967, p. 67\*), el “Mapa general de bosques” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1967, p. 75\*), y el “Mapa ecológico” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1977, p. 124\*). Todos estos mapas muestran un mayor grado de complejidad frente a los mapas físicos, así como la estructura tripartita del espacio propuesta por Guhl. El mapa fisiográfico y sus variantes constituyen entonces la continuación del mapa físico del relieve y del esquema climático de los pisos térmicos aplicado a la superficie, como legitimación de la incipiente explotación económica de la periferia.

1985

Recientemente, el concepto de las regiones fisiográficas ha sido reelaborado como concepto de la biodiversidad. Ésta aparece de nuevo como visión de la naturaleza en un momento de cambios importantes en el tipo y la escala de la explotación económica en el territorio nacional. El concepto de las regiones fisiográficas mantiene una

en la proyección del mapa físico sobre los demás temas, hace imposible representar la preocupación específicamente guhliana: la interconexión de los fenómenos, su relativismo, la importancia de los factores sociales. La mayoría de los mapas representa un solo factor, que por lo general consiste en la distribución espacial de un elemento aislado. Esta separación en diferentes temas no sólo permite repetir la estructura del mapa físico sin mostrar el relieve, sino que además, al discriminar los elementos uno por uno, hace imposible representar la interconexión entre ellos y, con mayor razón, los posibles conflictos resultantes de esta relación.

En la medida en que desde los años 70 esta cartografía temática empieza a profesar un interés por la ecología y etnología {1985}, la ausencia de conflictos se hace tanto más notoria. Por ejemplo, el mapa de la “Distribución de la tierra según tamaño del predio” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1991, p. 85) abarca la superficie de todo el departamento del Meta sin hacer mención de los resguardos indígenas y los Parques Nacionales Naturales. Esta última clase de superficies aparece confinada a otros mapas temáticos, donde igualmente aparece como un aspecto aislado. La narración temática establecida por parte del *Atlas de economía* invisibiliza así la red

relación directa con el descubrimiento de la periferia en términos de la ecología y la etnología. El discurso de la biodiversidad retoma la idea de un mapa reorganizado, y el cual construye una nueva periferia selvática de la biodiversidad, relacionando el Chocó y la Amazonia. Esta construcción permite un nuevo tipo de periferia. No se trata ya de un espacio radicalmente distinto del centro, ni de un espacio que gradualmente se aleje o se acerque a él, sino de una especie de gancho, ubicado solamente en relación con el eje andino que circunda. Se trata de la redefinición de la heterotopía {1903; 1924}.

Una publicación en especial marca el giro hacia la invención de la biodiversidad y las culturas indígenas en Colombia: la monografía *Amazonia colombiana* de Camilo Domínguez, profesor de geografía de la Universidad Nacional (Domínguez 1985). Aunque el inicio de la cartografía temática sobre el Oriente colombiano se puede ubicar como simultáneo a la publicación de Proradam de 1979, la obra de Domínguez constituye la primera propuesta descriptiva de la Amazonia como espacio con características propias, enfocada en la fauna, la flora y la población indígena, y sin considerar la utilidad de esta periferia otra vez exótica. Ya no en relación con la precipitación, sino recurriendo a los temas mencionados, Domínguez verbaliza lo

constituida por los fenómenos espaciales, para convertirla en una cadena causal determinista que va desde el relieve hasta las Corporaciones Autónomas Regionales (Banco de la República 1964, p. 63).

El *Atlas de economía colombiana* constituye el paradigma discursivo de la representación geográfica de la nación para toda la segunda mitad del siglo XX. En 1967, se publica la primera edición del *Atlas de Colombia* del IGAC, seguida de las ediciones de 1969, 1977, 1992 y 2002. Fuera de estas obras generales, en el transcurso de los años se editan seis ediciones escolares, bajo el título *Atlas básico de Colombia*. Entre 1978 y 1993 se publican además los atlas de las cuatro regiones, los Andes, el Pacífico, el Caribe, y la Amazonia y Orinoquia, y desde 1969 las monografías seccionales. En todas estas ediciones y publicaciones no sólo se reproduce la misma estructura del *Atlas de economía*. Todavía la edición de 1977 contiene mapas tomados directamente de él.

A pesar de que las ediciones del *Atlas de Colombia* reintroduzcan la temática histórica, ésta no se relaciona con la parte de la cartografía temática y constituye más bien una especie de prefacio cartográfico. La historia del territorio es representada exclusivamente

mismo que Guhl y Proradam habían propuesto a nivel cartográfico {1955; 1979}: “[a] medida que se avanza en el conocimiento de la selva oriental colombiana vamos descubriendo un mundo sumamente diversificado y complejo, igual o posiblemente más matizado que el resto de Colombia” (Domínguez 1985, p. 169). El giro discursivo consiste en la propuesta de una diversidad que definitivamente ya no habría de derivarse de las categorías del eje central.

A este texto le siguen varias obras extensas en las dos décadas posteriores, como *Llanos de Colombia*, de gran formato y con artículos científicos y fotos (Torres Acevedo 1987), *Colombia Amazónica* (1987), *Colombia Pacífico* (Leyva 1993) y *Colombia Orinoco* (1998), publicados por el Fondo para la Protección del Medio Ambiente FEN, *Amazonia colombiana: diversidad y conflicto* (Andrade, Hurtado Guerra & Torres 1992), el *Atlas regional Orinoquia-Amazonia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1983 b), el *Atlas cultural de la Amazonia colombiana* (Ariza, Ramírez & Vega 1998), y recientemente el tomo de Andrés Etter sobre las reservas de Puinawai y Nukak (2002).

Aunque Joaquín Molano Campuzano, cofundador de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, se había interesado desde

mediante el recurso a mapas *antiguos*, varios de ellos tomados del *Atlas geográfico e histórico* de 1889, mas no figura a través de mapas diseñados especialmente para el *Atlas de Colombia*. De ahí que estos mapas mantengan tan sólo aparentemente una relación con el atlas de 1889.

Los *Atlas de Colombia* se caracterizan además por otro rasgo constitutivo que los diferencia del atlas del Banco. De acuerdo con la geografía científica que el IGAC procura establecer, y siendo los *Atlas* la única publicación comprensiva del instituto, en éstos se integra la explicación de la terminología y de los conceptos científicos universales. Sin embargo, a diferencia del manejo de los conceptos geográficos por parte de Ernesto Guhl, en los *Atlas de Colombia* esta explicación de una geografía general se efectúa separadamente de las representaciones de la geografía colombiana. En vez de aparecer como relacionadas, la geografía general precede a la geografía de Colombia. De esta manera, los *Atlas de Colombia* no solamente son representaciones de la nación colombiana, sino que además ubican al país y su desarrollo científico en un contexto global, más allá del imaginario cartográfico nacional. La exposición de conceptos generales se presenta como la garantía del carácter científico de la

mucho antes en la problemática de los recursos renovables del Oriente colombiano, preocupación por la cual se funda la Facultad de Geografía junto con la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano en 1954, el libro de Domínguez marca un concepto nuevo en varios sentidos. En primer lugar, Molano seguía tratando el Oriente a partir de las secciones administrativas, y en la lista de sus monografías incluía también partes de los Llanos Orientales, de manera que no se puede advertir un concepto de la Amazonia como región que se extiende más allá de las fronteras internas y externas y que se distingue de la Orinoquia. A diferencia de esta visión orientada según las unidades administrativas generadas desde el centro, Domínguez propone la construcción de la Amazonia como región a partir de sus características físicas y ambientales, tal y como lo hace el mapa de las regiones fisiográficas, para así romper los límites a veces artificiales o meramente cartográficos de las secciones orientales y, en ocasiones, también los límites internacionales. A partir de esta reorganización del espacio surgen los diferentes modelos de la administración territorial alternativa: los Parques Nacionales Naturales, los resguardos indígenas y, más recientemente, las “Tierras de las Comunidades Negras” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 107\*) y las

geografía practicada en Colombia y de sus publicaciones, como la garantía de su veracidad y objetividad en contra de la especulación geográfica divulgada aún en el siglo XX. Sin embargo, la manera de exponer los conceptos generales y la terminología científica no relaciona conceptos universales con la representación de la nación, sino que los separa. Más que la nación, lo que se ubica en un contexto de prestigio internacional es la ciencia como tal y sus conceptos, sin constituir la base para una evaluación más diferenciada de la geografía practicada no sólo *en* sino *sobre* Colombia. Los *Atlas de Colombia* constituyen, por decirlo así, la versión oficial del aparato metodológico de Ernesto Guhl, reducido a una relación determinista.

Frente a esta narración determinista de la nación, la quinta y última edición del *Atlas de Colombia* de 2002 deja ver no tanto un cambio como un perfeccionamiento. Éste se relaciona con dos aspectos: la relación entre geografía general y nacional, y el puesto otorgado a la génesis del territorio. En cuanto al primer aspecto, los conceptos de la geografía general son reintegrados a las secciones temáticas sobre Colombia, tal como lo habían hecho el *Atlas* de 1889 y aún el *Atlas de economía colombiana*. De esta manera, la geografía como ciencia llega a afirmar de manera directa las construcciones

Corporaciones Autónomas. A diferencia de la propuesta de Guhl, estos modelos se oponen abiertamente a los intereses de la explotación económica capitalista.

En segundo lugar, la visión de Molano se motiva precisamente en la explotación económica, y únicamente en pos de ésta se veía la necesidad de la conservación del medio ambiente (Molano Campuzano 1972, p. 75 s.). A diferencia de estas consideraciones meramente económicas, la invención de la periferia como espacio de una biodiversidad única en el mundo, pero altamente amenazada, constituye el intento de salvar no sólo el medio ambiente físico, sino también la heterotopía. La biodiversidad amazónica permite así la renovación del imaginario de un mundo exótico, ahora bajo un sello positivo. Más que de la protección del medio ambiente, se trata del esfuerzo de reinventar la periferia para la nación modernizada, a la cual se ha venido integrando un gran número de espacios periféricos, y esto con efectos frecuentemente desastrosos. De ahí surge el imperativo de reinventar una periferia exótica que permita mantener funcionado el imaginario del centro sobre sí mismo. En cuanto a su objetivo de convertir lo exótico en lo propio bajo el máximo rendimiento económico, la perspectiva de Molano, más que parecerse al concepto

geográficas de la nación, sin siquiera mencionar a la geografía como ciencia de aspiraciones universales. Ya no se trata de la representación de Colombia precedida por y ajustada a conceptos universales, sino de conceptos universales explicados sólo en la medida en que la representación del país los necesita. Este movimiento significa necesariamente la disminución de la coherencia de los conceptos generales y el aumento de la coherencia para la narración de la nación. La contemplación del país ya no queda obstruida por el aparato de la geografía general, sino que se da desde la primera página y evita los saltos incómodos entre ambas instancias, la conceptual y la narrativa.

Así mismo, la última edición significa la construcción de un contexto internacional, ya no desde los conceptos, sino desde la comparación, con fines competitivos, entre diferentes lugares. De nuevo, a diferencia del tipo de comparación practicada por Ernesto Guhl, este contexto internacional no lleva a la explicación de la interrelación de los fenómenos geográficos, sino a la afirmación de la nación. Se trata de un tipo de comparación de cifras económicas y demográficas entre las diferentes naciones en competencia. El atlas contiene, por ejemplo, numerosos mapamundis de tamaño pequeño que comparan la esperanza de vida, las tasas de analfabetismo o las

más reciente de la biodiversidad, con las consecuencias nefastas de su implementación, constituye su condición previa.

En tercer lugar, Molano ve a la población indígena ante todo como obstáculo, y aunque en ocasiones sostiene el carácter estratégico de los saberes indígenas para la conservación del medio ambiente, otras veces denuncia sus procedimientos como anticonservacionistas (Molano Campuzano 1972, p. 82, p. 128, p. 182). El libro de Domínguez produce en cambio un giro en la concepción de los grupos indígenas, vistos ahora como víctimas de la modernización económica capitalista desde los tiempos del caucho (Domínguez & Gómez 1994). A esta población desaventajada habría que apoyarla en su lucha por la sobrevivencia, también con el fin de conservar sus saberes respecto a la protección del medio ambiente.

En cuanto al cambio que se produce de Molano a Domínguez en la relación entre topografía y administración, la administración territorial permanece confusa hasta los años 30, cuando con la creación del Departamento de Intendencias y Comisarías la periferia es convertida en un conjunto de superficies administrativas iguales, claramente definidas y mutuamente excluyentes, y relacionadas con el terreno.

reservas de petróleo, así como cuadros que cumplen el mismo propósito (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 200, p. 206, p. 233). De esta manera, Colombia es ubicada en el contexto de la competencia entre las naciones, y esta estrategia permite afirmarla como tal: como parte del rompecabezas formado por el engranaje de los mapas-logo de las naciones del globo {1932}.

En cuanto al segundo aspecto que sobresale en la última edición del atlas, el concerniente a la génesis del territorio, el atlas reincorpora la narración de la misma como había sido propuesta por el *Atlas geográfico e histórico* de 1889. Así como éste, el atlas no contiene mapas históricos en calidad de *mapas*. Solamente los contiene como reproducciones fotográficas de *documentos históricos*, destinados a ilustrar la historia de la geografía colombiana, pero no la geografía como tal. Igualmente, tal y como sucede en el atlas de 1889, los límites de Colombia permanecen los mismos a través de la historia del territorio y coinciden con los límites vigentes en el momento de la publicación, es decir, los de la actualidad y del mapa-logo. Así como en 1889, la génesis del territorio no se refiere a un proceso invisibilizado de la definición del contorno de la nación, sino a un proceso dentro de un territorio prefigurado {1889}.

Durante el siglo XIX y parte del siglo XX, los territorios periféricos existen *únicamente* como referencia administrativa, y en la medida en que el cantón constituye la unidad básica de la descripción geográfica {1811, 1827; 1850-1865}, también la periferia existe o deja de existir como referencia geográfica. Así mismo, para el escritor Santiago Pérez Triana, hijo de un Presidente de la República del siglo XIX, la propiedad privada en la periferia aún no se relaciona con el espacio: “comprar tierras en el Llano vale tanto como comprar agua en el mar. Éstas son del que las toma y su usufructo es libre. Lo que allí vale son los semovientes, ganados de todo género” (Pérez Triana 1992, p. 40). Lo que vale, en otras palabras, son los elementos productivos, aislados de su relación con el espacio, y Pérez Triana entiende el ganado en analogía con los barcos en el mar. Todos tienen derecho a moverse en este espacio, pero esencialmente se trata de un espacio que a nadie pertenece y que, por consiguiente, tampoco puede constituirse en parte del “territorio” nacional.

Aproximadamente desde la llegada de los misioneros extranjeros en 1895 {1895-1975}, se vuelven a definir administraciones especiales para los diversos espacios periféricos, a pesar de que la Constitución de 1886 ya había reintegrado o erigido

Sin embargo, el tipo de proceso narrado y enmarcado por los límites preestablecidos de la nación es muy diferente al de la narración de la organización administrativa del atlas de 1889 {1889}. El territorio narrado en 2002 se refiere a aspectos administrativos, poblacionales, económico-históricos y de orden público (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, pp. 89-106). Esta nueva narración hace así referencia explícita a los conflictos políticos del siglo XIX, como por ejemplo en el mapa titulado “Guerras de los Supremos de los Conventillos 1841-1842” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 106\*). En general, éste y los demás mapas muestran el estado precario del “territorio” y su congruencia con los centros urbanos. A partir de ahí se genera un nuevo significado del mapa-logo. Los mapas de la génesis territorial permiten mostrar un proceso de “construcción de nación” {1991} en el sentido de un paulatino “aumento de nación”, de cubrimiento, y a la vez permiten mostrar los efectos del mito de la geografía desgarrada del territorio nacional: la convicción que la larga serie de guerras civiles, construida como continuidad, es responsabilidad de un terreno imposible de manejar. En este sentido también resulta notoria la inclusión del conflicto armado actual en el conjunto de los demás mapas temáticos. Hay una tímida mención de

todas las administraciones especiales en departamentos. Sin embargo, del mismo modo que durante la fase federal de los años 1860 y 1870 {1866-1886}, esas administraciones especiales son todo salvo congruentes y claramente definidas. Así por ejemplo, en el *Mapa de la República de Colombia* de Enrique Vidal de 1916 (Vidal 1916), no podría haber mayor falta de claridad respecto de las pertenencias territoriales. Aparte de las comisarías del Vaupés y del Caquetá, se nombra también el Territorio del Caquetá, sin que la relación entre las tres secciones sea explicada. El Territorio del Caquetá podría ser una sección más antigua y extinguida, o bien una sección superior. Así mismo, la intendencia del Chocó parece contener dos comisarías, la de Juradó y la de Urabá, y nuevamente se deja sin aclarar si se trata de unidades administrativas subordinadas o análogas con la intendencia. Lo mismo sucede con Boyacá y Arauca. El mapa no define claramente en ningún caso la relación entre intendencias, comisarías y departamentos. En cuanto a las convenciones para las poblaciones, aparecen clasificadas como “Capitales de Departamento o de Intendencia” y “Capitales de Provincia o de Comisarías”, cuando en realidad las provincias constituían subunidades de los departamentos, mientras que las comisarías, así como las intendencias, dependían

las migraciones forzadas en el mapa “Desplazamiento Forzado 1997” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 207\*), y el esquema de la estructura territorial (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 111\*) hace referencia explícita a un zona delimitada del conflicto {1985}. Pareciera entonces que la edición del 2002 del *Atlas de Colombia* propone un nuevo tipo de mapa-estructura {1890}. La evolución del territorio nacional no consiste en la definición de los límites ni en su administración, sino en la superación de la estructura topográfica a través del proceso del poblamiento y de su creciente estructuración interna.

Muchos mapas de la quinta edición del atlas siguen derivándose del mapa-logo físico {1932; 1979}, pero el atlas también contiene varios mapas que apuntan hacia el rompimiento de la exclusividad de esta estructura. Estos mapas se refieren a dos complejos temáticos: la administración territorial y la organización territorial de la economía. El primer aspecto es tratado a continuación, mientras que al segundo se reserva un análisis aparte (cf. pp. 381).

Uno de los principios de estructuración territorial más importantes, ubicado desde muy temprano en el campo de tensión

directamente del gobierno central.

Es sólo con los mapas de la Oficina de Longitudes, entidad fundada a principios del siglo XX para la elaboración del mapa nacional y la definición de las fronteras internacionales de Colombia (Ministerio de Relaciones Exteriores 1931, 1939) {1891-1943; 1932}, que todas las secciones empiezan a figurar de nuevo como equivalentes, muchas veces sin hacer mención de su categoría administrativa, como había sido el caso en los años 1860 {1866-1886}. La Oficina, naturalmente, concentra su interés en los departamentos, pero la elaboración del mapa de la intendencia de la Guajira, así como de todo el territorio del departamento de Boyacá – que incluía Arauca y Casanare –, apunta hacia intentos incipientes de una cobertura completa del territorio nacional {1850-1865}. Entre tanto, el Departamento de Intendencias y Comisarías procede a definir los principios administrativos desde un punto de vista centralizado, para lo cual es condición previa la definición de los límites de cada sección. Únicamente a partir de esta definición de superficies mutuamente excluyentes y claramente demarcadas, al menos sobre el mapa, es posible definir el objetivo final de convertir las comisarías y las intendencias en departamentos, y el mapa en un conjunto de

entre jerarquía y homogenización del territorio, es la división administrativa {1811, 1827; 1850-1865}. Sobresale el hecho de que los espacios periféricos, los llamados territorios nacionales, fuesen organizados en intendencias y comisarías, siguiendo un tipo de división distinta a la de los departamentos, hasta cuando la Constitución de 1991 los convierte en departamentos. Por lo menos hasta los años 30 los territorios nacionales son administrados a base de categorías no sólo diferentes, sino además incongruentes, que a veces se solapan y cambian frecuentemente en sus límites y su existencia legal {1833-1881; 1890; 1891-1943; 1985}. Como agravante, la administración eclesiástica, tan importante para el Oriente colombiano {1895-1975}, divergía de las secciones de la administración territorial del estado. Así, la administración de los territorios nacionales se parece más al espacio administrativo de los tiempos coloniales que a la de un estado nacional moderno.

Esta incoherencia afectaba incluso a las secciones de las partes centrales. Entre aproximadamente 1900 y 1920, se registran numerosos cambios en la división administrativa, y hay departamentos que alcanzan a existir tan sólo por algunos meses. Ese es el caso, por ejemplo, de los departamentos de Girardot, Tumaco y Cartago, creados

superficies iguales {1959, 2002}.

Sobre esta división, que se muestra inadecuada para la administración de la periferia, se proyecta una segunda capa de unidades: los resguardos, reservas y parques nacionales {1924}. Se trata desde luego de una iniciativa anterior a los proyectos cartográficos del Oriente: el primer Parque Nacional Natural, La Cueva de los Guácharos en la alta montaña de los departamentos del Huila y del Caquetá, fue declarado en 1960, y, en 1970, el primer Parque en el extremo Oriente colombiano, El Tuparro, seguido de una serie de parques a partir de esta década. Los resguardos indígenas cuentan con una tradición que se remonta a los tiempos coloniales, pero en la lógica actual cumplen la misma función que los parques: la conservación de la heterotopía de la nación. De hecho, resguardos y parques nacionales llegan en varios casos incluso a solaparse. En el caso de la fundación de los parques nacionales y de los resguardos no se trata de la simple conversión de un tipo de superficie administrativa en otra. Más bien, ambos constituyen propuestas alternativas al sistema espacial de los municipios y la propiedad privada en las zonas andinas {1811, 1827; 1850-1865; 1959, 2002}. De este modo los parques nacionales y los resguardos llenan el vacío de los terrenos baldíos que seguían

y suprimidos en 1908. Todavía en 1945, Pablo Vila anota la existencia de fronteras internas. Hasta ese momento, persisten diferentes tipos de estancos entre los departamentos, sobre todo sobre el tabaco y el alcohol, “lo que no deja de constituir un absurdo en el interior del país, y debido a ello los límites interdepartamentales, se convierten en verdaderas fronteras para ciertos efectos fiscales” (Vila 1945, p. 24). Así, a pesar de la Constitución centralista de 1886, el mercado nacional no se establece sino hasta después de 1950. El tipo de cambios sufridos en la administración territorial no sólo reflejan tal transformación del espacio económico, sino que son ellos los que hacen posible pensarla. En este sentido, el texto de Vila se ubica en un momento de crisis: aunque reconoce la existencia de separaciones internas, también intenta convertirlas en el principio de unión entre las partes del territorio nacional. De ahí que Vila se afane por explicar los absurdos que surgen de la división administrativa a causa de su novedad, es decir, a causa su falta de tradición: “hay que recordar que la división actual es bastante reciente” (Vila 1945, p. 17). Pero inmediatamente procede a resaltar que esta misma división realmente es muy antigua:

conviene añadir que tiene su origen en las primitivas divisiones administrativas coloniales y que, en la evolución de la misma, pesaron más que la realidad geográfica y humana, las conveniencias políticas, especialmente a través del siglo pasado y aún

constituyendo la base espacial de aquellas antiguas comisarías e intendencias que no pudieron ser convertidas en propiedad privada mediante una administración territorial regular, es decir, de las comisarías e intendencias que a pesar de repetidos esfuerzos cartográficos no lograron constituirse en departamento {1959, 2002}. Se trata entonces de terrenos reajustados a una tutela más directa del estado.

Sin embargo, muchas de estas áreas definidas legalmente no existen sino sobre papel, y con frecuencia el control efectivo sobre estos territorios alternativos se ejerce desde la colonización, la guerrilla y el narcotráfico (Hildebrand & Peñuela 1999, p. 79) {1975, 1996}. Mas no se trata acá de denunciar ni el famoso vacío de poder del estado, ni su inercia frente a la responsabilidad de asumir el control, ni la llamada “insurgencia”. Se trata de destacar que tanto las propuestas administrativas alternativas como la descripción del control territorial efectivo surgen desde la construcción de un imaginario determinado: un imaginario en el cual la periferia figura como lugar de lo exótico y simultáneamente como lugar al que es inherente una violencia antiestatal, que parece ahora dirigida en contra de su lugar de origen, esto es, el centro. Éste pretende verse amenazado por la periferia,

en parte del presente. No obstante, los factores geográficos no han dejado de influir en este seccionamiento político-administrativo del país [...] ni tampoco han dejado de hacerlo las primitivas divisiones coloniales (Vila 1945, p. 17 s.).

En suma, Vila termina estableciendo un relativismo en el significado de la división administrativa, que abre la posibilidad de verla simultáneamente como nacional y como imperfecta.

Así, desde 1890, se establece un patrón de mapas generales que apuntan hacia esa misma construcción: la de un desequilibrio que debe ser nivelado, y que sin embargo constituye la expresión misma de la nación. En el *Mapa de la República de Colombia (antigua Nueva Granada)* (Codazzi & Paz 1890\*), de 1890, a partir de los colores aplicados a las secciones administrativas, el territorio figura como bipartito {1856, 1864}: el espacio de los departamentos andinos, de ejes verticales, y el espacio horizontal del Oriente colombiano, en los colores de la bandera {1890}. Los ejes se establecen mediante la distribución de los colores naranja, verde, amarillo y rosado. El eje este-oeste entre Panamá y Santander integra visualmente el apartado departamento de Panamá al territorio nacional. Hay además un eje norte-sur entre Tolima y Bolívar, y uno noroeste-sureste entre Antioquia y Cundinamarca. El color rosado funciona como un gancho que conecta las tres puntas de un triángulo: la Guajira, la costa pacífica

aunque es él quien la ha defraudado en la promesa de su integración económica. Como dice Margarita Serje, la violencia periférica, además de contribuir a la exotización de la periferia, es esencial para mantener el orden central (Serje 2005, p. 5 ss.).

Serje toma como ejemplo la comunidad de los U'wa, ubicada en parte en el Parque Nacional Natural de la Sierra Nevada del Cocuy, en los límites entre los departamentos de Boyacá, Arauca y Casanare. Este ejemplo es válido para la consideración de muchos otros casos: la definición de las comunidades indígenas a base de criterios de homogeneidad establecidos desde afuera las controla y les exige la conformación de organizaciones semejantes a las del estado, con territorios claramente delimitados y funcionalmente excluyentes que puedan operar en analogía y en conjunto con él (Serje 2003, p. 113 ss., p. 123).

Ambos efectos, la exotización y la violencia proyectadas a la periferia, son producidos por la administración territorial, y las construcciones de la violencia periférica y de la administración territorial alternativa se ubican en un solo discurso, que versa sobre una periferia heterotópica. Paradójicamente, la misma propuesta de asumir el control estatal mediante parques y resguardos termina siendo de esta

y el Amazonas, estableciendo un doble eje norte-occidente y noreste-oriental entre los tres espacios periféricos. Convertir el espacio horizontal de la bandera, no integrado, en parte del centro de la nación, es el último fin, de modo que ya no sea necesario representar al Oriente como bandera colombiana y se haga posible representar una forma homogénea internamente. Entre tanto, conviene representar al Oriente como bandera para integrar este espacio, concurrido por las repúblicas vecinas, al imaginario nacional. El mapa representa así el derecho de la nación sobre sus dos espacios. El poder sobre el centro se muestra, el del *hinterland* se afirma. Lo que el mapa pone a la vista es el proyecto de la hipotética vanguardia capitalista de la década del 70 del siglo XIX, realizado desde 1950: hacer avanzar el centro sobre una periferia esencialmente vacía con el fin de disolverla.

Si se compara el *Mapa de la República de Colombia (antigua Nueva Granada)*, de 1890, con los mapas generales como se elaboran aproximadamente a partir de 1950, se hace evidente que la serie de los mapas físico-políticos de Colombia de la segunda mitad del siglo XX muestra exactamente esta paulatina homogenización de las unidades administrativas. Por ejemplo, Arauca y Casanare se erigen en comisarías en 1911, separados de Boyacá; las últimas comisarías, las

manera para el estado una suerte de absolución de su responsabilidad. En la medida en que la periferia se clasifica como exótica, también se se asume que le inhiere lo Otro y lo incontrolable. Es la misma administración territorial la que afirma la otredad del Oriente colombiano y la exclusión mediante la inclusión formal.

En la misma lógica de inclusión y exclusión, también la exigencia de crear unidades administrativas alternativas a los municipios y a la propiedad privada transmuta el carácter de los terrenos baldíos, garantizando la inclusión formal del espacio mediante su exclusión como Otro. Así, no es casual que en la última edición del *Atlas de Colombia* se encuentre la siguiente definición: “*Áreas marginales*: son áreas que corresponden a las reservas forestales, parques nacionales naturales, reservas naturales y resguardos indígenas” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 239). Más que de áreas marginales, se podría hablar de áreas marginadas, al definirse como no integrables al sistema capitalista de la propiedad privada {1959, 2002}. A partir de la misma lógica de definiciones surge también la posibilidad de afirmar, por ejemplo, que el departamento del Amazonas es una de “las regiones apartadas del anillo periférico que entra en contacto con las economías dinámicas de

de Guainía y Guaviare, son declaradas en 1963 y 1977 respectivamente. Los mapas muestran así una creciente homogenización y un paralelismo cada vez más evidente entre las secciones en cuanto a estatus, tamaño en el mapa y color. En el mapa oficial de 1998, reproducido en la quinta edición del *Atlas de Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 3\*), que finalmente suprime el relieve de la representación de la división administrativa, los departamentos figuran como superficies equilibradas entre sí en todos los sentidos. Aunque el binarismo sigue presente a través de los nombres seccionales y el principio de definir los límites entre los departamentos, la construcción de esa división administrativa cada vez más equilibrada también hace posible imaginar un país cada vez más equilibrado, es decir, una Colombia como nación moderna (cf. Ariza, Ramírez & Vega 1998).

De ahí que el mismo estatus administrativo establezca el prestigio de cada sección. Las comisarías e intendencias aspiran a “mejorar” su categoría administrativa para constituirse en partes con plena validez dentro de la nación. De este modo, no sólo el anhelo integrativo de los mapas generales hace posible un discurso sobre el mercado nacional, sino que inversamente, la integración a la economía

cada país” (Gobernación del Amazonas 1999, p. 53). En otras palabras, el departamento no forma parte del territorio de la economía nacional ni siquiera como lugar marginal, y las ciudades amazónicas, por consiguiente, no constituyen sino “enclaves geopolíticos muy dependientes del presupuesto de cada país” (Gobernación del Amazonas 1999, p. 53). Los espacios ubicados por fuera del territorio integrado a la economía central constituyen entonces lugares mantenidos artificialmente, cuando es más que todo su definición como marginales lo que los constituye en carga para la nación. Lo marginal es la naturaleza exótica, digna de ser conservada en tiempos del avance de la destrucción, pero también es una economía despreciable por su falta de vigor.

Desde luego, aunque los resguardos, reservas y parques constituyan una gran parte de la superficie de la periferia oriental, no la cubren completamente, y con ello queda abierta la posibilidad de convertir el sobrante territorial en parte del centro, ante todo mediante el avance de la colonización (Ariza, Ramírez & Vega 1998, mapas 11-16\*; Banco de la República 1960, mapa 20\*) {1959, 2002}. De esta manera, la periferia amenazante de *La Vorágine* es convertida en una periferia exótica controlada espacialmente, rodeada de territorios

nacional es congruente con el deseo del ascenso en la escala administrativa. La administración territorial es entonces también una estrategia de desarrollo – o un motivo para su impedimento. En la medida en que una comisaría o una intendencia es convertida en otro tipo de sección más integrada a la nación, también es posible probar como falso el prejuicio del atraso de la periferia, o mostrar que el subdesarrollo fue superado. De este modo, el deseo de convertir la intendencia del Meta en departamento se justifica tanto mediante la referencia a las secciones que de facto le son inferiores, como mediante la comparación con sus pares. Según esto, el Meta

requiere una administración diferente de la que actualmente tiene, ya que el sistema legislativo [...] que existe para los territorios nacionales, hace que se cometa para con el territorio que forma la Intendencia Nacional del Meta una grave injusticia al tenerlo en condiciones iguales a los desiertos territorios de Arauca, Putumayo y demás Intendencias y Comisarías, y en situación ampliamente desventajosa en cuanto dice relación con el Departamento del Chocó. Si a este último territorio se le pudo erigir en Departamento, por qué no hacerlo con la Intendencia del Meta, que le supera grandemente en población, riqueza y actividades agrícolas? (Ángel de Flórez 1962, p. 74)

En esta visión de competencia entre las secciones administrativas, el progreso económico y el progreso administrativo se convierten en sinónimos.

Sin embargo, en relación con el territorio, el concepto del

integrados al centro, y así la heterotopía deja de ser margen para convertirse en enclave. Pareciera que solamente este tipo de superficies cerradas fuera controlable, permitiendo con ello un exotismo por fin susceptible de ser asimilado.

Así, el “embrujo” (Hurtado García 1986, p. 57) del Parque Nacional Natural de El Tuparro permite, entre otras cosas, que “el hombre comulg[ue] con la inmensidad, copul[e] incluso con ella y [...] perdido como una brizna de hierba en las sabanas que limitan por sus cuatro costados con la reverberación de los espejismos, lejos de sentirse tan empequeñecido, inici[e] tal vez de manera definitiva un tuteo con la eternidad” (Hurtado García 1986, p. 57). Comprendida de manera precisa, esta descripción de Andrés Hurtado, una de las autoridades en la investigación sobre la Amazonia, se refiere al *Parque Nacional* y no al Oriente en general. Los cuatro costados “reverberantes de espejismos” podrían coincidir con los límites administrativos del Parque, con lo cual se hace posible la definición de un lugar exótico controlado por el hombre. Sólo sobre la base de esta garantía de seguridad el hombre puede “copular con la inmensidad”, lo cual es sinónimo de una naturaleza que, al estilo de los exotismos europeos decimonónicos, sigue siendo feminizada por un descubridor

progreso económico contiene todavía otro elemento: la propiedad privada. A través de su tradición en la administración territorial, la noción de la propiedad privada se ubica en la idea misma de la nación {1811, 1827; 1850-1865}. Así, desde el siglo XIX las empresas constructoras de caminos reciben una parte de su remuneración en forma de baldíos (Camino de herradura de Vélez al Carare 1899). En el caso del mapa de Juan Henrique White de la región de Dabeiba, población antioqueña ubicada en la región limítrofe con el Chocó (White 1919\*), la relación entre el levantamiento cartográfico del territorio y la colonización privada es evidente. En vez de los límites administrativos del estado, lo que figura en el mapa son los límites de la propiedad privada, aunque no se definan como tales: se podría tratar de límites privados o también de límites públicos. Pero el mapa muestra de una manera abierta que, en último término, los terrenos privados y el territorio nacional se generan a partir de un solo movimiento, y que más que de una confusión, se trata de una identidad. Al noroccidente, el mapa incluye un lote grande que se describe como “Reservado para población 1000 hecta<sup>s</sup>”. Lo que muestra es la cabecera de un futuro municipio. “Construcción” de nación {1991} y conversión de baldíos constituyen entonces un solo

que nunca podría ser una mujer. Los “extremos reverberantes”, en última instancia, quedan afuera, o en todo caso confinados a los márgenes, ya sea por los límites del parque, ya sea por el avance de la colonización que llega desde los Andes.

El anhelo de inventar un exotismo controlado, presente en la manera como los parques y resguardos definen sus espacios, se repite en la invención de la biodiversidad como tal. La clasificación de las especies de flora y de fauna contenidas en ellos permite que el paisaje sea reinventado a la vez como maravillosamente variado y como discursivamente controlado. Esto acontece a base de criterios distintos de los de la variedad vertical de los Andes, pero no por eso menos nacional.

Esta variedad se genera, por un lado, en virtud de la definición de superficies con características determinadas y de tamaño cada vez menor. No sorprende que Proradam (1979) ofrezca la primera propuesta para tal construcción de la variedad, de manera que la biodiversidad se relaciona con el descubrimiento del relieve y la fisiografía, es decir, de la variedad cualitativa en la superficie territorial {1955; 1979}. Pero, por otro lado, la variedad biológica se define a

gesto (cf. Valencia 1912\*; Varón Castro s. a.\*).

Mucho más evidente aún, aunque no cartografiada, es la relación entre nación, administración territorial, desarrollo económico y propiedad privada en el caso de la Casa Arana, la cauchera anglo-peruana más importante a principios del siglo XX. Si la presencia de una empresa privada extranjera, tal vez la primera multinacional de la región, puede suscitar tanta polémica, ésto tiene que ver con el hecho de que la propiedad de la Casa constituye un desarrollo en dependencia de *otra* nación, y que sus terrenos y productos se intercambian en otro mercado nacional, a su vez integrado a la economía internacional. Considerando esta compleja constelación territorial y de mercado, tan sólo en el momento en que surge la polémica por las caucheras empieza a existir también una preocupación por la constitución del territorio nacional como propiedad privada que se podría intercambiar en el mercado nacional entre los miembros de la comunidad, y de ahí hacia fuera {1924}.

En la medida en que comisarías e intendencias mejoran su estatus y son convertidas en parte de la nación, también dejan de constituir grandes extensiones de terrenos baldíos, no aprovechados en el sentido de la economía capitalista. Así, la apropiación de esos

partir de la composición misma de flora y de fauna presente en la selva, independientemente de las variaciones espaciales. De esta manera, es posible establecer y proyectar sobre todo el territorio nacional un promedio de biodiversidad, dando pie a afirmaciones del siguiente tipo: “Colombia es reconocido como el país de la megadiversidad, ya que en un área de 1'141.748 km<sup>2</sup>, que representa menos del 1% de las áreas continentales del mundo, alberga el 10% de la flora y fauna del planeta” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 174). Esta “megadiversidad” llega incluso a abarcar la diversidad cultural establecida constitucionalmente en 1991 (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 380). Este imaginario ecológico aprecia notoriamente lo nacional, como se revela en otra afirmación: “[r]especto a la flora, en plantas endémicas, Colombia ocupa el segundo lugar en el mundo (después de Brasil), pero el primero de acuerdo con la superficie que posee nuestro país, ya que Brasil es siete veces más grande que Colombia” (Gobernación del Amazonas 1999, p. 30). Más que ocuparse de la conservación de las especies, la biodiversidad se remite a la competencia entre las naciones, a la cual Colombia parece inscribirse tan sólo en el momento en que se descubre como biodiversa.

terrenos mediante la división administrativa va mucho más allá de la implantación, proyectada o real, del aparato de control estatal. La integración a la administración territorial significa constituir la superficie del territorio nacional en partes intercambiables, del mismo modo como la formación de los ciudadanos significa la invención de una comunidad fraternal entre los miembros de una nación, que luego pueden a su vez intercambiar entre sí esas partes de superficie {1983; 1988}.

La congruencia entre propiedad privada y territorio nacional es, entonces, mucho más que una metáfora, como lo establece por ejemplo Fortunato Pereira Gamba: “qué ingerencia tan grande están llamados á tomar los Topógrafos nacionales en la constitución de la propiedad privada y pública. Porque no puede decirse que un fundo esté verdaderamente constituído si no está amojonado, tampoco una nación puede titularse de tal si no está internacionalmente alinderada” (Pereira Gamba 1907, p. 277; cf. Salamanca Torres 1906, p. 178; Salamanca Torres 1916, p. 288). Pereira no deja en claro cuál sería la relación exacta entre territorio y propiedad, pero sí deja en claro que de alguna manera la propiedad privada no constituye solamente una analogía del territorio nacional, sino su base misma. Su manera de describir la tarea

De esta situación competitiva a la conversión de la biodiversidad en economía – como ya lo había propuesto Joaquín Molano Campuzano – hay sólo un paso. Así, la biodiversidad de la Serranía de la Macarena constituye “un factor de primer orden en el otorgamiento de ventajas estratégicas” (Corpes Orinoquia 1997, p. 39), dado el papel que podría jugar en el repoblamiento de regiones “devastadas” (Corpes Orinoquia 1997, p. 39). En general, la flora orinoquense “constituye una riqueza inigualable (banco natural de germoplasma, pulmón del mundo)” (Corpes Orinoquia 1997, p. 61). También se la define, referida a su lugar propio, como “filón que podría reportarle en el futuro cuantiosa riqueza” (Corpes Orinoquia 1997, p. 39). En vez de reflejar una preocupación por el problema de la conservación del ambiente, entendido de manera global, la biodiversidad que declaran las instituciones oficiales hace alusión a la minería, ejercida en algunas de las serranías orientales. De este modo el descubrimiento de la biodiversidad colombiana, más que ser puesto en relación con el estado ecológico del planeta, se erige como la nueva garantía económica para el futuro de la nación, como antaño lo hicieran, por ejemplo, los proyectos del canal interoceánico {1903}:

de los topógrafos – nacionales – sugiere que el alindamiento de la propiedad privada eventualmente tiene que llevar al alindamiento de la propiedad pública de la nación, y que ambos tienen mutua congruencia.

A Pereira se le sustrae el espacio de encuentro entre terreno público y privado, como la unidad más pequeña de la administración territorial nacional: el municipio. El municipio es un tema de la geografía en Colombia que surge sólo a principios del siglo XX, y que recibe la mayor atención durante los años 40. Dos publicaciones de las primeras dos décadas del siglo XX son sintomáticas de la atención que se empieza a conceder a la división administrativa como problema de la construcción del territorio. En 1908, el Ministerio de Instrucción Pública edita una circular que no sólo reproduce la división territorial vigente del momento, sino que también contiene directivas acerca de la enseñanza de la geografía, según las cuales ésta debe empezar por el municipio y sus características, antes de dedicarse a unidades administrativas más grandes o a la geografía física (Ministerio de Instrucción Pública 1908, p. 1). En 1913, Manuel Sánchez publica *La geografía elemental y del municipio* (Sánchez V. 1913), que contiene un modelo descriptivo del municipio para ser completado con la

Colombia ha tardado en ser consciente de esa profusión de belleza y de recursos, pero es básicamente por ella que tiene un futuro prometedor. La riqueza natural plantea hoy los mayores desafíos y las mayores promesas para la humanidad, y por eso las naciones más ricas en bienes naturales, capaces de defenderlos y aprovecharlos, pueden llegar a ser grandes protagonistas del porvenir. (Comisaría General de Colombia ante Expolisboa '98 1998, p. 3)

Sin embargo, esta biodiversidad, al igual que los parques nacionales que deben conservarla, se revela ante todo como una estrategia retórica. Margarita Serje da un ejemplo contundente acerca de la relación entre biodiversidad y mercado capitalista. Considerando solamente a Cundinamarca y Boyacá, se cuentan sesenta variedades de la papa, pero “[e]sta enorme diversidad de papas, existe hoy únicamente en las chagras indígenas y en las huertas caseras campesinas destinadas al autoconsumo pues 'la mano invisible del mercado' ha determinado que solo [sic] 10 variedades se coticen en el mercado nacional y únicamente cuatro en los supermercados de Bogotá” (Serje 2005, p. 236). Por supuesto, no se trata de reclamar un grado mayor de la comercialización de la biodiversidad, tal como se sueña para la flora orinoquense. Se trata únicamente de mostrar que la biodiversidad constituye un nuevo recurso retórico en el discurso nacional. Imaginada como el garante de la existencia discursiva de la nación, la biodiversidad es inscrita en una competencia mundial por

información solicitada (Sánchez V. 1913, p. 30 ss.). Ambas publicaciones reflejan algo nuevo en la geografía en Colombia: la estandarización de la descripción geográfica a partir de una unidad administrativa que cubra, en principio, todo el territorio nacional, o cuando menos, todo el territorio nacional *descriptible*. Lo novedoso en las dos publicaciones mencionadas reside entonces en la problematización del municipio. Ambas hacen claro que el municipio es algo que hay que implantar en la base de la representación territorial.

A diferencia de los cantones descritos por Codazzi, los municipios del siglo XX ya no dependen de las respectivas provincias o de los estados federales para su descripción. Su existencia territorial no se remite a otras unidades administrativas, análogas a la nación, sino a la nación misma. Esto mismo lo habían proyectado ya la división administrativa de la Gran Colombia, y también algunos de los estados federales para sus respectivos territorios, pero sin éxito en la práctica {1811, 1827; 1850-1865}. Esa atención hacia el municipio también la dejan entrever los diversos proyectos para el levantamiento cartográfico y geográfico de los municipios de principios del siglo XX. Desde su fundación, tanto la Oficina de Longitudes como la Sociedad

ventajas estratégicas, y es constituida en un exotismo positivo. Entonces, a pesar de que la periferia siga constituyendo el lugar en que se proyecta la violencia originada en el centro, en mapas recientes se procura construir el idilio de la biodiversidad para el territorio nacional, así como denunciar la amenaza que recae sobre ese espacio, que deja así él mismo de constituir una amenaza.

El esquema de la “Estructura Territorial” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 111\*) de la última edición del *Atlas de Colombia*, por ejemplo, muestra el país a base de nuevas constelaciones espaciales. Los “Ejes y corredores estructurantes” comprenden las regiones andina, atlántica y orinoquense, que a la vez constituyen el espacio de los movimientos y las dinámicas. Sobre estos ejes se ve dibujado un círculo que marca el alcance de “Sectores de presión subversiva y actividades ilícitas”. Según el esquema, entonces, el orden y su puesta en duda comparten un solo espacio, que de esta manera es reafirmado como el lugar dinámico de la nación. Los márgenes, en cambio, y especialmente los espacios que habría que identificar como el Chocó y la Amazonia, aparecen como libres de conflictos. En estas regiones, que el IGAC llama “de biodiversidad y patrimonio ambiental”, “predominan la fricción de las relaciones

Geográfica {1891-1943; 1932} (Castro & Trujillo 1933\*; Notas de la Dirección 1938; Ortega Ricaurte 1940, p. 305) solicitan mapas de los municipios directamente a los respectivos dirigentes locales, la Oficina para determinar los nombres de los elementos topográficos de los mapas departamentales, la Sociedad para su proyecto de un diccionario geográfico de Colombia.

En el Fondo de la Sociedad Geográfica del Archivo Histórico de la Universidad Nacional en Bogotá se conservan algunos de estos mapas municipales, que muestran una pequeña parte de lo que tenía proyectado describir también el tercer tomo de la *Nueva Geografía de Colombia* de Francisco Javier Vergara y Velasco. Según anuncia el autor, este tomo, nunca publicado, “comprenderá el detalle de los Municipios, esas células que constituyen el organismo nacional” (Vergara y Velasco 1974, vol. 3, p. 1123; cf. El Valle del Cauca 1910, p. 106). La metáfora orgánica de la célula proyectada a la superficie – y no a la dimensión vertical, como lo hace Miguel Triana casi en el mismo momento {1901} –, encuentra en esta forma su imagen exacta en los mapas administrativos de la época. Casi todos los mapas municipales de principios del siglo XX muestran una estructura cerrada y céntrica, de manera intacta (Castro & Trujillo 1933\*) o

centro-periferia y la presencia de espacios que son de gran interés global por su biodiversidad” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 111). La fricción no aparece en el mapa, pero sí la biodiversidad, representada mediante superficies en diferentes tonos de verde con punteado. No se trata ya del verde indeterminado de los mapas físicos, sino de un verde que se establece aparte de las categorías del centro, como categoría positiva que parcialmente invierte las adscripciones de valores: el punteado constituye una redundancia cuya función fundamental es la de llenar el vacío periférico. Esta nueva periferia sería el idilio de una naturaleza virgen, de un espacio sano, no corrompido, pero también estático. La “naturaleza intacta” no es de carácter dinámico y puede así constituir la válvula de escape para los problemas de los espacios que sí lo son. Naturalmente, este papel puede asumirlo solamente en la medida en que es controlada discursivamente.

Esta nueva naturaleza intacta incluye también a la población indígena. Mientras que las estadísticas demográficas cartografiadas se refieren a la población blanca, organizada en municipios libres de elementos topográficos, y demuestran diferentes dinámicas temporales y

mutitada (Croquis del Distrito de Concepción 1907\*). En el segundo caso, el mapa está destinado a apoyar los respectivos reclamos territoriales. Las estructuras cerradas, intactas o mutiladas, corresponden por lo general además a las estructuras topográficas. Así, mientras los enclaves y exclaves apuntan hacia el engranaje del territorio, la estructura cerrada parece rechazarlo para constituir los municipios en entidades territoriales autarcas (cf. Acevedo Latorre 1948, p. 137 s.).

Pero solamente en los años 30, y sobre todo en el período comprendido entre 1939 y 1941, se instaura un sistema catastral que consiste simultáneamente en el deslinde municipal y el levantamiento del mapa topográfico a escalas medianas. El levantamiento cartográfico de los municipios, base del levantamiento cartográfico del catastro, debe cumplir con las normas del levantamiento del mapa topográfico de Colombia, la *Carta general*, cuya escala es de 1:100.000 (Instituto Geográfico Militar y Catastral 1941, vol. 2, p. 48 ss.). De este modo el municipio constituye no sólo la “unidad orgánica *catastral*” (Instituto Geográfico Militar y Catastral 1941, vol. 2, p. 34; subrayado de la autora), sino también la topográfica. Es a partir del levantamiento cartográfico del catastro que la propiedad privada y la

espaciales (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1991, p. 71\*, p. 72\*), los mapas que se refieren a la población indígena se caracterizan invariablemente por la misma imagen estática de la representación de los espacios de la biodiversidad. El mapa de ocupación indígena y fases de colonización del departamento del Meta (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1991, p. 51\*), muestra estas últimas en colores sólidos, mientras que los espacios indígenas aparecen en forma de rayados y punteados superpuestos a estos colores y en congruencia estructural con la topografía. Los indígenas se ubican entonces en el espacio clasificado como natural y se organizan en superficies estáticas en el tiempo y el espacio, que los funden con el ambiente natural. Este mismo fenómeno se presenta incluso en publicaciones cuyo interés apunta de manera más acentuada a las poblaciones marginadas. En *Tierra profanada* (Organización Nacional Indígena de Colombia 1995, mapas “Territorios indígenas y petróleo”\*), los resguardos aparecen como espacios semitransparentes, superpuestos y estáticos en medio de un movimiento frenético de proyectos de desarrollo, en el cual no participan.

Todavía la representación cartográfica de las “Tierras de las Comunidades Negras. Títulos colectivos” (Instituto Geográfico

administración territorial del estado coinciden para constituir un solo espacio: el de la nación. Sin embargo, en gran medida se trata tan sólo de un ideal. El deslinde municipal le corresponde a los departamentos, y la organización administrativa para este efecto difiere en cada uno de ellos. Cada sección aplica criterios distintos (Instituto Geográfico Militar y Catastral 1941, vol. 1, p. 34 s.), y la coherencia del levantamiento catastral no es sino nominal, probablemente hasta el día de hoy. Pero también es significativo que para el levantamiento catastral se recurra de una manera más generalizada a la fotografía aérea, es decir, a *el* método de la cartografía moderna del momento, y a la vez uno de dos métodos más idóneos para la invención de territorios {1891-1943}. De ahí que con la organización del catastro alrededor de 1940 empiece a formarse de manera definitiva el concepto del territorio nacional, si no en la práctica, sí en el imaginario geográfico y cartográfico. Finalmente en esta época el territorio se constituye a partir de su repartición en parcelas entre los miembros de la comunidad imaginada. Agrupadas, éstas coinciden, idealmente, con los límites de las unidades más pequeñas de la administración territorial y, también idealmente, pueden circular de libre manera en el mercado nacional de la finca raíz, tal y como sus propietarios pueden moverse física o

Agustín Codazzi 1991, p. 107\*) se inscribe en esta misma lógica. En analogía con las etnias indígenas naturalizadas, también los títulos colectivos aparecen sobre la base de la red hidrográfica y de los límites departamentales. Los terrenos comunales aparecen como manchas en colores muy parecidos a los de los mapas administrativos y sin convenciones referenciales. Mediante estas dos características, los terrenos comunales son construidos en analogía con los departamentos.

En suma, las etnias, sean indígenas o negras, ante todo son administradas, como muestra también Margarita Serje en relación con el territorio U'wa en la Sierra Nevada del Cocuy. El territorio concedido por el estado a esta comunidad indígena consiste de una superficie claramente delimitada, homogénea en su composición interna, que colinda con otras superficies del mismo carácter. Juntas, forman el rompecabezas del ordenamiento territorial que reduce las respectivas áreas delimitadas a sus aspectos cuantificables y las ubica en la misma superficie, la del mapa. De esta manera, diferentes tipos de áreas se vuelven comparables, como por ejemplo parques nacionales, bloques petroleros y departamentos, a costo de la invisibilidad de los espacios no aptos para ser incluidos en esa clasificación territorial, como es el caso, por ejemplo, de los espacios indígenas (Serje 2003, p.

imaginariamente por un territorio a la vez público y privado.

Pero el proyecto geográfico de Vergara y Velasco se basa también en otro concepto, desconocido hasta ese momento en Colombia: las regiones naturales. A partir de este concepto, los municipios no constituyen simplemente la unidad de base de los departamentos, comisarías e intendencias, sino que coinciden con el mismo terreno físico. A diferencia de la topografía, impregnada del aparato técnico necesario para su producción, las regiones naturales permiten establecer al municipio y al terreno físico como sinónimos a nivel simbólico. De este modo, cuando en los años 70 el IGAC retoma finalmente el concepto de Vergara, procede a definir las regiones naturales a base de los municipios. Las regiones naturales se constituyen a base de la “célula” del municipio y encubren su génesis, dada desde las relaciones de poder de la economía capitalista. De ahí resulta que, con excepción de la región del Caribe, los atlas regionales publicados por el IGAC inician con un mapa de la división en municipios de la respectiva región, acompañado de tablas de información básica sobre los mismos: coordenadas geográficas, altura, temperatura, superficie, población (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1978; 1983 a; 1983 b; 1983 c). De esta manera los municipios

119 ss.).

Sin embargo, queda la duda fundamental acerca de las posibles representaciones-otras del espacio indígena, negro o de otro tipo. Como sostiene Julia Lossau, una geografía-otra parece posible únicamente al precio de dejar de ser geografía, dado que ésta existe siempre como cómplice del poder (Lossau 2002, p. 198 ss.) {1975, 1996}. Así parece constatarlo un intento-Otro de convertir la periferia en territorio, el de las representaciones cartográficas de los espacios de la mitología indígena. Estos mapas toman partido por las poblaciones indígenas tan sólo en apariencia, y primero tienen que hacerse cómplices de la lógica de su exclusión.

El mapa de las “Migraciones míticas de los Waimasá (Yurutí) por el Río Vaupés y sus afluentes” (Domínguez & Gómez 1994, p. 35\*), por ejemplo, procura ubicar los lugares míticos de la etnia de los Yurutís, así como sus asentamientos actuales, sobre una base cartográfica que consiste en la red hidrográfica y la red de coordenadas, y que también muestra el límite internacional. El mapa pretende fijar en el espacio físico, es decir, en la *realidad*, las mitologías indígenas, para así poder justificarlas. Las cosmogonías indígenas se consideran interesantes, pero esencialmente erróneas

reemplazan las secciones en la definición de las partes administrativas del territorio nacional. A pesar de que en la práctica los municipios dependen de los departamentos, los mapas de los municipios constitutivos de las regiones naturales crean la ilusión de precederlos, generando la imagen de una homogeneidad superdepartamental más allá de las idiosincrasias seccionales. Es en esta forma como el origen privado del territorio es convertido definitivamente en naturaleza coextensiva con los municipios y las regiones, y los dos últimos en instancias anteriores a cualquier adscripción arbitraria, pública o privada. Después de todo, los atlas regionales narran sus respectivos territorios de la misma manera que los atlas nacionales y las monografías seccionales: partiendo de lo físico para llegar a lo humano. De esta manera, aunque en años recientes el tema de la tenencia de tierra haya empezado a figurar en las geografías (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1990, pp. 74-77), en la narración ésta siempre es posterior a la región, a la geografía física y al municipio.

Desde luego, la importancia fundamental de la región frente a las secciones administrativas reside en su concepto global del territorio nacional. Mientras que las secciones administrativas generan relaciones de igualdad y correspondencia entre sí, manteniendo su

(Serje 2005, p. 196 ss.). De ahí que Domínguez proceda a construir una base explicativa para el surgimiento de las cosmogonías indígenas. Acerca del mito del árbol de la vida que cuenta el origen de las plantas de cultivo, Domínguez observa que

[e]l hecho de encontrarse allí [en la Amazonia] un receptáculo de numerosas especies silvestres, pertenecientes a los principales géneros de plantas cultivadas por los indígenas, parece darle una base científica a esos mitos. Sería muy valioso realizar un trabajo paralelo de la biología comparada con la mitología para esclarecer un enigma tan interesante. (Domínguez 1985, p. 126)

Summa summarum, en un movimiento simultáneo, el estado de vacío de la periferia es convertido en virtud y su monotonía en biodiversidad, a la vez que se descubre su población exótica. Sin embargo, más que referirse a una población, la representación cartográfica de los indígenas los convierte en elementos de una topografía administrada desde el centro, y en analogía con el mito de la selva virgen, también los indígenas y negros figuran como elementos estáticos y primitivos, es decir, auténticos, a los que vale el imperativo de conservarlos en su estado natural. La conservación de la diversidad cultural estática resulta ser una construcción análoga a la conservación de áreas de gran biodiversidad, concebida ésta como original y virgen. Los indígenas se conservan en resguardos, la naturaleza en parques;

independencia territorial {1850-1865}, las regiones pueden existir solamente como conjunto {1901; 1906}. A diferencia del principio acumulativo de los departamentos, las regiones obedecen a una organización de engranaje, o, como ha observado Marcelo Escolar, la región no permite identidades independientes, como sí lo hace la provincia (Escolar, Quintero-Palacios & Reboratti 1994, p. 360).

La región a base del municipio permite entonces representar el territorio en los términos de la modernización, tal como ésta es descrita por Jorge Orlando Melo. Ésta significa, entre otras cosas, la eliminación de estados legales de la tierra que no correspondan a la propiedad privada, la creación de un mercado nacional y su vinculación al mercado mundial, y la homogenización cultural (Melo 1990, p. 26). Sobre el telón de fondo de la construcción de las secciones administrativas en Colombia {1850-1865; 1985}, las regiones naturales parecen tanto más aptas para representar la nación como un todo coherente, y no como la acumulación de elementos paralelos y autarcos. La introducción de las regiones y la transposición de la base administrativa a los municipios significan de esta manera un tipo absolutamente nuevo de la organización del territorio nacional. Dejando tras de sí la acumulación de mónadas {1850-1865}, así como

ambos son objeto de administración. El grado de compenetración entre naturaleza y comunidades nativas en el imaginario nacional llega hasta el punto de confinar los indígenas a los lugares de la naturaleza virgen. En una de las publicaciones oficiales de Colombia para la Expolisboa de 1998, se asume que los “pobladores nativos, considerados verdaderos ecólogos, desempeñarían el papel más adecuado para ellos: guardianes de la naturaleza” (Comisaría General de Colombia ante Expolisboa '98 1998, p. 14).

Lo que ha cambiado entonces desde los tiempos del caucho y de las misiones es la construcción discursiva de la utilidad de la población indígena. Mientras que ésta constituía antes una masa de mano de obra conceptualmente necesaria para poder pensar la explotación de la periferia, en años recientes su necesidad se construye a través de su utilidad para la conservación de la selva. Las comunidades indígenas constituyen un factor estratégico para la acumulación de ventajas en la competencia de las naciones por la biodiversidad, y no una población reconocida dentro de una diversidad ajena a las categorías del centro: “[e]n tanto que naturalistas, los Nukak han pasado a ser considerados como un recurso de otro tipo: como un acervo de conocimientos” (Serje 2005, p. 194), recurso que se valora

la jerarquía sin extensión en el espacio {1901}, el afianzamiento simultáneo de las regiones y los municipios significa la instalación definitiva del concepto moderno del territorio nacional. Éste se establece como superficie compuesta de elementos complementarios y disociables en unidades que, a través de un sistema de intercambio económico capitalista, pueden circular entre los miembros de la comunidad imaginada, pero que también son dependientes entre sí. Si no fuera por su conjunto, no habría territorio.

La estrategia general de la representación temática del territorio nacional hace que la relación entre administración, naturaleza y finca raíz sea invisible. Así mismo, el avance de la economía capitalista sobre la periferia es relegado a otro tema cartográfico que también naturaliza la relación entre economía y territorio: la geología. Es posible relacionar a la geología de manera directa con uno de los modelos de la geografía económica más conocidos. La representación de la geología guarda estrecha relación con lo que Johann Heinrich von Thünen llamara anillos, formados por las zonas de utilización de la tierra, tal y como los describe en su libro *Der isolierte Staat*, publicado por primera vez en 1826 (Haggett 1991, p. 526). Thünen parte de un

en tanto “ 'tecnología nacional' ”, con la cual, a su vez, se hace “lo que se haría con cualquier otra tecnología: se le buscan aplicaciones militares y comerciales” (Serje 2005, p. 195).

De ahí que la problemática indígena se convierta a veces en el problema de la conservación de las especies de fauna y de flora en vía de extinción. Como se observa en uno de los artículos incluidos en *Amazonia colombiana: diversidad y conflicto*, “[e]s indispensable un programa general de salud y nutrición para las comunidades indígenas de la Amazonia, si se piensa en su recuperación demográfica y la ocupación efectiva de sus territorios” (Franco 1995, p. 166). Los derechos indígenas, después de haber sido definidos por el centro, se hacen efectivos tan sólo mediante el recurso a los medios de conservación de las especies, haciendo caso omiso de otras maneras de aceptar la ley indígena. Así mismo, Margarita Serje observa acerca de los estudios genéticos de la comunidad de los Nukak en el Guaviare que “los Nukak, comparten con los [monos] *Aotus* el mismo estatus de especie prometedora de la biodiversidad de la selva” (Serje 2005, p. 194). Lo que no se vislumbra es que la población indígena, primero victimizada y luego protegida, no es únicamente víctima con relación al progreso. Es víctima ante todo del proyecto de la nación y del lugar

modelo espacial con las siguientes características: la existencia de un estado aislado; la de un mercado urbano, idealmente ubicado en el centro del territorio, y espacio libre de elementos topográficos; la del campo alrededor de la ciudad como proveedor de productos agrícolas; la de un costo del transporte proporcional a la distancia a la ciudad. Estos anillos de utilización se derivan de la relación entre la distancia de la ciudad y la ganancia obtenida por determinado tipo de producto, de acuerdo con el rendimiento por unidad de superficie o la velocidad de perecimiento. De ahí se generarían idealmente los siguientes anillos desde la ciudad hacia afuera: hortalizas, economía forestal, agricultura intensiva, economía láctea y pastos, rotación trienal, ganadería (Haggett 1991, p. 526 ss.).

Uno de los mapas municipales enviados a la Sociedad Geográfica muestra exactamente ese espacio económico como sinónimo del municipio. El mapa del municipio de Altamira (Castro & Trujillo 1933\*) se organiza de una manera simétrica alrededor de la población de Altamira como su centro. El marco lo constituyen la Cordillera Oriental y el Río de la Magdalena. Alrededor de la cabecera municipal aparecen franjas de color que representan las diferentes zonas productivas, como “Praderas” y “Valles cultivados”. Todos los

que éste le confiere en el imaginario nacional. Es precisamente su conversión en víctima lo que impele su insuficiencia y la valora como incapaz. Lo que es entonces la biodiversidad para el científico, con frecuencia lo son todavía las comunidades indígenas para el antropólogo: conjuntos de especies endémicas, que es imperativo describir y conservar en determinado estado, definido éste como auténtico o natural.

Pero del mismo modo en que afirmamos que no existen etnias auténticas, sabemos que no existe el paisaje auténtico, original y natural. Todo ambiente es hecho por el hombre, y el estado de naturalidad de la selva amazónica es un constructo discursivo, no una realidad (Serje 2005, p. 75 ss.). Tan poco los parques naturales conservan un paisaje natural que no hubiese cambiado nunca, como los resguardos protegen los grupos indígenas en un estado de pureza, siendo éste solamente imaginado (cf. Clifford 1988). El descubrimiento de la biodiversidad parte de la idea de un ecosistema en equilibrio, el cual sólo puede ser virtual, y que a la vez se constituye en ideal estético. Su calidad de ideal significa que este ecosistema siempre se encuentra ya alterado por la presencia humana. Como observa Margarita Serje, “[l]as selvas no son [...] vírgenes, ni prístinas, como

camino parten de Altamira, y el mapa ostenta una estructura casi circular e intacta, esto es, con pocas mutilaciones. El municipio constituye entonces un universo cerrado y autónomo, estructurado en anillos concéntricos alrededor de un centro único. El mapa ofrece uno de los ejemplos más evidentes de la conformación de un espacio económico capitalista a partir del municipio y de la propiedad privada. Idealmente, el espacio nacional se compondría de diferentes niveles en una jerarquía, ya no moral y física, sino estrictamente económica y de superficie, desde los municipios hasta la nación, todos estructurados de la misma manera alrededor de sus respectivos centros.

Lo que el modelo de Thünen no permite representar, sin embargo, es la relación entre las diferentes unidades territoriales. Éstas, más que entrar en contacto, siguen imitando a las mónadas territoriales del siglo XIX {1850-1865} en una configuración de espejos. Si bien es posible pensar el desarrollo económico de la periferia a partir de este modelo, éste no permite relacionar las diferentes escalas cartográficas. Uno de los proyectos de Demetrio Salamanca Torres {1890; 1895-1975; 1924} proporciona precisamente tal relación entre las escalas {1891-1943; 1906}. Se trata del proyecto de inmigración de asiáticos al Oriente colombiano (Salamanca Torres 1916, p. 96 s.), que

lo querrían muchos ambientalistas, sino el producto social de las sociedades que conviven con ellas. Sin embargo, la cultura [...] ha sido sistemáticamente ignorada” (Serje 2005, p. 79). Es este paisaje naturalizado y estetizado lo que garantiza la existencia de la nación mediante la reconfiguración de su Otro.

La acción social que queda excluida de tal paisaje y de su representación cartográfica constituye precisamente el elemento que produce la homogenización del territorio, antaño tan anhelada {1959, 2002}. Tal como Paul Carter observa también acerca de la tala indiscriminada de la selva australiana, ésta produce un paisaje “from which difference had been excluded” (Carter 1988, p. 169). A partir de esta nivelación de la representación de los paisajes, el bosque es convertido en el lugar de proyección de la imaginación – en una heterotopía positiva, tal como sucede actualmente en Colombia:

[f]rom the position of settlement, the forest now appears as a place where the imagination was at home. It is now conjured up as a place of mental and emotional travelling. Stasis endows it with a sense of freedom. [...] Thus, in retrospect, is the wilderness cultivated and preserved as a cultural site, a place where the settler can reflect on his own condition (Carter 1988, p. 171).

Lo que actualmente se afirma es la redistribución del mapa nacional como fuera propuesta por Ernesto Guhl mediante las regiones

constituye la proyección de la estructura económica del municipio al territorio nacional en un sentido global. Salamanca se imagina la expansión de los anillos de utilización desde los Andes hacia la periferia. Los asiáticos en la Amazonia tendrían menos importancia que los europeos y sus descendientes en el centro, pero dependerían directamente de ellos. Aunque el proyecto de Salamanca contiene claros tonos utópicos, su parecido con el “anillo de poblamiento amazónico” actual, como anillo que avanza y se consolida, es evidente (Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas 2000, p. 75). Así mismo, el mapa de América del Sur de Rafael Reyes (Reyes 1902\*) constituye un ejemplo temprano de esa reconfiguración del espacio físico como espacio económico. El mapa no muestra la topografía binaria de los Andes versus las planicies, sino un espacio cubierto por diferentes tipos de explotación económica. Las cordilleras andinas se constituyen en los espacios de la minería, mientras las planicies son convertidas en espacios agrícolas y de comunicación y transporte.

Pero la representación geográfica más contundente de los anillos que avanzan sobre el territorio nacional, realizada a una escala más pequeña, la ofrece la cartografía geológica, una cartografía que guarda estrecha relación con la explotación petrolera y la presencia de

fisiográficas. Esta afirmación se genera a partir de la introducción de un nuevo aspecto a diferentes mapas de la geografía física, sobre todo en relación con la vegetación: el color rojo como símbolo para las regiones intervenidas por el hombre. En muchas de las publicaciones recientes sobre el Oriente colombiano las áreas que antaño se clasificaran como desarrolladas figuran ahora como “áreas intervenidas”, marcadas en rojo (Etter 2002, mapa “Reserva Nacional Natural Puinawai”\*; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1997\*; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 171\*). Estas áreas intervenidas no forman parte del conjunto de los paisajes ecológicos, definidos como intocados. La comprensión de ambos se excluye mutuamente. El color rojo deriva de la gama de cafés y amarillos utilizados para representar las alturas andinas, y constituye el color complementario de los verdes que representan la heterotopía biodiversa. Afirman la redistribución en una periferia exótica selvática, la semiperiferia y un centro conflictivo y dinámico.

De esta manera, el avance de los ejes centrales sobre la periferia deja de constituir un valor necesariamente positivo, sin tornarse por ello prescindible {1959, 2002}. En estos mapas, la armonía entre naturaleza y economía se ha convertido en una relación

empresas norteamericanas en el territorio nacional, es decir, con la privatización del territorio nacional. No sorprende entonces que gran parte de la cartografía geológica se deba a las empresas petroleras (cf. Pérez Arbeláez 1964, vol. 1, p. 247 s.). La cartografía geológica nacional, sin embargo, suprime el componente de la economía privada y lo convierte en naturaleza: en la estructura de las rocas. Esta cartografía, sin presentar otra cosa que las características naturales del espacio, muestra cómo la periferia es convertida en semiperiferia {1955}, y eventualmente en centro, mediante la expansión de las economías explotadoras, en primer lugar la del petróleo.

Los mapas geológicos muestran de este modo el avance paulatino del eje económico andino bajo la forma del descubrimiento de las estructuras y estructuraciones geológicas de la periferia {1906}. Por ejemplo, el mapa del ingeniero de minas Tulio Ospina – hijo del general y Presidente de la República Mariano Ospina y hermano de otro presidente, Pedro Nel Ospina –, establece conexiones visuales entre oriente y occidente, el mapa del geólogo Víctor Oppenheim y el primer mapa geológico oficial muestran un Oriente colombiano organizado en franjas verticales y colores tomados de la geología andina (Ministerio de Educación Nacional & Academia Colombiana de

de amenaza y poder, sin que la lógica discursiva de centro y periferia haya sufrido cambio alguno. La intervención del hombre no es la causa ni de esa reconfiguración del discurso de la periferia en el sentido de la biodiversidad, ni de la amenaza de esta última. Ambas se deben más bien a la imposibilidad de la heterotopía en el discurso del desarrollo económico – por lo general igual de utópico –, necesitado entonces de una nueva construcción que muestre la heterotopía como precaria, para así garantizar su propia existencia. El avance del centro con sus herramientas de dinamismo ya no significa la feliz conversión de la periferia en parte del mercado nacional y de su red vial, y que constiúan todavía un ideal hasta fechas muy recientes {1959, 2002}, sino una amenaza contra el Oriente biodiverso y estático, aunque igualmente explotable. El avance económico pone en peligro la heterotopía de la nación. La destructora presencia humana, sobrepuesta al medio ambiente pasivo de la selva, aparece como avance, ahora negativo, del centro, que llega con sus diversos conflictos, políticos, sociales, ecológicos, económicos.

Pero además, un paisaje ecológico intervenido deja de ser un paisaje ecológico para constituirse en la amenaza que el centro ejerce sobre la periferia. La intervención humana asumida como peligro se

Ciencias Exactas, Físicas y Naturales 1943\*; Ministerio de Minas y Petróleos 1944\*; Ospina Vásquez ca. 1915\*). En la edición del mapa geológico oficial de 1962 (Ministerio de Minas y Petróleos 1962\*), el Oriente aparece organizado de nuevo en tres franjas horizontales, mientras que en la edición de 1976 (Ministerio de Minas y Energía 1976\*) las franjas se han disuelto en manchas de color café, que significan los relieves orientales y que se corresponden con manchas del mismo color en el eje andino. Esta representación sugiere que el avance del eje central ya se hubiera cumplido, y exige con ello que el Oriente sea cubierto completamente a partir de los núcleos de expansión de los relieves periféricos. En la edición de 1988 (Ministerio de Minas y Energía 1988\*), la Orinoquia se corresponde con la construcción visual de las costas, y la Amazonia con la del Chocó y partes del eje central.

Al comparar estos tres mapas geológicos con aquellos que se refieren explícitamente a la explotación del petróleo, el parecido salta a la vista (Banco de la República 1962, mapa 21\*; Map of the Republic of Colombia s. a.\*; Ministerio de Minas y Petróleos 1948\*; Vila 1945, p. 227\*). Todos muestran, ya no un espacio binario, sino un espacio de expansión de las franjas verticales andinas hacia la periferia. Tal como

deriva del avance de las estructuras geográficas del centro, y los mapas de los avances de la colonización (Ariza, Ramírez & Vega 1998, mapas 11-16\*) pueden ser leídos como imágenes de metástasis cancerosas. Pero pesar de las connotación negativa, las áreas intervenidas siguen correspondiendo a los espacios dinámicos. Aún estas representaciones de la puesta en peligro de la heterotopía afirman el poder de un centro dinámico y activo sobre una periferia cuyos contenidos estáticos carecen de tiempo y espacio propios. Solamente la intrusión de la nación a la periferia dispone de temporalidad, a través de sus fases de avance. Lo que sigue llamando la atención no es propiamente el espacio de la heterotopía, sino la amenaza proferida contra ella desde el centro, y la preocupación en torno a ella se sigue definiendo en los términos del centro, que procede a reorganizarla para garantizar su conservación discursiva como heterotopía.

Esta reinención de la nación desde la biodiversidad se relaciona, desde luego, con la metaforización de otro espacio descubierto desde los años 70 en un contexto originalmente muy distinto. La biodiversidad significa también el redescubrimiento del mar. Desde el momento de su redefinición a través de la definición de los límites

los mapas que muestran los terrenos de explotación petrolera, también en los mapas geológicos se trata de todo salvo de copias de las condiciones geológicas naturales. Los colores de las leyendas geológicas cambian de edición en edición, igualmente la ubicación de las diferentes estructuras geológicas, y no se puede hablar de un paulatino aumento de conocimiento. Más bien, el conocimiento es distinto en cada mapa. Como todo mapa, también los de la geología son construidos, y en el caso específico de la geología de Colombia, lo son a partir del deseo de inventar una versión natural de la economía nacional sobre el modelo de la mónada estatal de Thünen. Después de todo, tal como la economía ideal de Thünen se limita a un estado aislado, la geología de Colombia no excede los límites internacionales {1985}. Considerando que la expansión geológica legitima la expansión del desarrollo desde la naturaleza, se hace posible afirmar en relación al departamento del Meta, por tomar un solo ejemplo, que “[d]esde el epicentro económico, político y cultural de Bogotá, esta parte del Llano se está convirtiendo en un moderno Dorado que es conquistado desde la región andina. El avance del país andino, y en este caso el de Bogotá, es el que ha llevado la frontera cultural hacia el oriente y convertido la Intendencia en un nuevo Departamento” (Guhl

internacionales y la invención del mapa-logo {1856, 1864; 1932}, el mar es inscrito en los discursos marginales, pero marcadamente nacionales, de la geopolítica y de la invención del mar territorial (Bahamón Dussan 1989). Sin hacer referencia detallada a estos discursos, quiero destacar que la conexión entre la biodiversidad y el mar se ubica en el contexto señalado de un discurso nacional marginal, que tal vez logró imponerse con mayor presencia precisamente a través del discurso naturalizante y nacionalista de la biodiversidad.

El redescubrimiento de la metáfora del mar y la resignificación de ésta se expresan en una serie de mapas que parecen romper la estructura bipartita tradicional – así como lo hicieron la propuesta del mapa fisiográfico de Ernesto Guhl y los mapas homogeneizantes del relieve y la economía {1955; 1959, 2002; 1979} –, con el fin de reconceptualizar el país como “Patria de tres mares”. En esta forma, el mapa de la publicación oficial para la exposición mundial de 1998 en Lisboa muestra el mapa-logo sobre el fondo de los colores de la bandera, que deben significar los tres “mares”: el Pacífico, el Caribe, y la Orinoquia y Amazonia (Comisaría General de Colombia ante Expolisboa '98 1998, p. 2\*). Este fondo de bandera se extiende más allá de los límites del mapa-logo, apuntando hacia el descubrimiento

1975, vol. 2, p. 254; cf. Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1991, p. 22\*).

A partir de ahí se inscribe en esa construcción de un continuo expansivo una larga serie de otros elementos: la densidad de la población, el avance de la colonización {1924; 1985}, las vías, la municipalización, para mencionar los ejemplos más importantes donde la atención se centra en las dinámicas del hombre. Por estas razones también las series de mapas topográficos a escalas medianas, que empiezan a levantarse desde principios del siglo por el Servicio Geográfico Militar, adquieren un sentido que supera la mera necesidad de controlar el territorio {1811, 1827}. El mismo tiempo de su elaboración representa el proceso de expansión hacia la periferia. Así, las planchas que muestran el Oriente colombiano son de fecha mucho más reciente que las primeras planchas, refridas a las zonas andinas, y las primeras ocho planchas, que probablemente datan de 1912, a las que aparentemente no siguieron más, muestran las inmediaciones de la capital (Carta Militar de Colombia s. a.) {1891-1943}. Hasta el día de hoy, de ninguna de las series a escalas mayores a 1:500.0000 existe el conjunto completo de mapas, y su elaboración sigue a la línea de expansión de occidente a oriente, de acuerdo con la línea de la

no sólo metafórico sino también estratégico y administrativo del mar territorial.

Esta redistribución y el renombramiento de los contenidos del mapa parecen sugerir un nuevo concepto de la diversidad. Ya no son los pisos térmicos andinos y excluyentes, y sus diversos movimientos expansivos, los que definen la riqueza geográfica, sino que “[l]a proximidad de esos tres mares, que ciñen a Colombia por el norte, por el occidente y por el sur, hacen de éste un país diverso y sorprendente” (Comisaría General de Colombia ante Expolisboa '98 1998, p. 3). Resalta, por supuesto, el hecho de que el Oriente colombiano haya vuelto a constituir un conjunto inseparable, y que hablar de él como mar sea posible *sólo* en un sentido metafórico. De cualquier manera, ya no se trata del mar indiscriminado e indefinido del siglo XIX, que servía para construir una diferencia absoluta que afirmara el centro contra un Otro radicalmente distinto {1856, 1864}. Ahora el mar es *la* metáfora que establece las relaciones entre las partes del espacio nacional. Vale la pena citar in extenso a Camilo Domínguez acerca de su concepto de la relación entre el Oriente y el mar:

[o]bservamos el movimiento típico en toda la Amazonia y Orinoquia. El Océano Atlántico produce la mayor parte de esta agua; entra al continente en una dirección de oriente a occidente y se va refinando, o sea, va en vapor en una capa de

municipalización.

La serie de mapas más importante a escalas medianas es la *Carta general*, publicada desde 1942, inicialmente con el título *Carta preliminar* (Instituto Geografico Militar y Catastral 1942). En ésta, las detalladas convenciones suponen la existencia de una topografía general con la cual es posible cubrir todo el territorio. A pesar de que en la totalidad de los mapas la lista de convenciones incluya todos los elementos, la ausencia de éstos en muchos de los mapas es evidente (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1972\*). Que el fondo blanco del papel pueda ser cubierto es algo que depende del desarrollo y del avance de la topografía general. Las convenciones abren entonces la posibilidad teórica de la existencia de la topografía nacional en todo el territorio, una vez éste, en cuanto desarrollado económicamente, sea también levantado cartográficamente. Por supuesto, el mapa topográfico no muestra el trasfondo económico, sino que lo convierte en topografía. Que en la *Carta general* se trata de una visión estrictamente nacional, se refleja en el hecho de que, más allá de los límites internacionales, la topografía – nacional – desaparece para mostrar únicamente el espacio abstracto de la red de coordenadas (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1972\*).

aproximadamente diez kilómetros de altitud. Ese vapor, o sea, ese océano, no es líquido sino gaseoso; penetra hacia los andes [sic], pero penetra en una forma cíclica, es decir sube, cae en unas lluvias conectivas y va en esta forma hasta llegar a los Andes. La mayor parte de la lluvia cae en la parte andina y desciende en esos gigantescos ríos de la Orinoquia y la Amazonia, o sea, dentro del total del agua la mayor parte viene de la región andina. El mar prácticamente forma una ola que llega a los andes [sic] y desciende entonces en una capa que al mismo tiempo sobre el suelo produce [...] ríos receptores (Domínguez en *Fronteras terrestres y marítimas* 2000, p. 85 s.).

En pocas palabras, los tres mares circulan entre sí, y esta reconceptualización disuelve el Oriente-Otro para instalar definitivamente el mapa-logo. Éste integra los espacios heterotópicos a través de la imagen de la circulación entre las partes del territorio nacional. De esta manera, la circulación vertical del cuerpo de la nación inventada por Triana {1901} se disuelve en una circulación entre las superficies constitutivas del territorio nacional, dentro de las cuales las cordilleras andinas, no obstante su presencia continuada como dimensión vertical, son ahora vistas desde arriba y no de perfil. Lo que es más importante: los Andes dejan de ser el principio de cohesión territorial, el cual es trasladado a la relación entre superficies.

Sin embargo, esa nueva circulación no se relaciona únicamente con las preocupaciones en torno a la ecología y la biodiversidad. Aunque Domínguez establece una relación de equivalencia entre la

En fechas recientes, el avance del eje central desde su “célula orgánica”, el municipio, parece haberse transpuesto a otro tipo de representación de la organización espacial, diferente a los anillos decimonónicos de Thünen. A base de la teoría de Thünen, así como de otros modelos de organización del espacio, el alemán Walter Christaller define en 1933 la teoría de los lugares centrales (Haggett 1991, p. 464 ss.). Según esta teoría, el espacio se organiza en una red de centros poblados, de diferentes grados de importancia de acuerdo con las funciones ejercidas, y conectados por la infraestructura del transporte y la comunicación. La influencia del modelo de Christaller se deja ver en las publicaciones recientes sobre las secciones orientales, en las cuales la organización de las jerarquías urbanas se ha constituido en tema de importancia (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1990, p. 130 s.; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, pp. 116-124). A diferencia de los anillos de Thünen, que representan una relación de poder entre un centro dominante y una periferia dependiente, la red urbana, al disolver esta relación, permite establecer una de aparente igualdad entre lugares de importancia desigual {1901; 1979}.

Así por ejemplo, una publicación sobre el departamento del Caquetá contiene un gráfico (Instituto Amazónico de Investigaciones

problemática de la conservación ecológica de la selva amazónica y la conservación de los recursos marítimos, su teoría de la circulación incluye también la expansión de la economía capitalista del centro hacia la periferia, bajo la forma del transporte entre los mares {1932; 1959, 2002}. De este modo, la metáfora del mar es revinculada al mito del canal {1903}, sólo que esta vez el país en sí es constituido en canal. En el texto citado, Domínguez sostiene también que la carretera colombiana más importante en el momento corre desde Santa Marta hasta Mocoa, el Río San Miguel y el Ecuador. Esa carretera

del Caribe al interior de la Amazonia [...] se está convirtiendo en la espina dorsal del transporte terrestre en Colombia. Es la unión, entonces, entre el Océano Atlántico, el Mar Caribe y el mar selvático que al mismo tiempo da acceso hacia el Pacífico. [...] es una cruz y Caracas-Buenaventura es la unión entre el Caribe y el Pacífico y, al mismo tiempo, ha llegado hasta el puerto de Orinoquia y hacia otros puertos. Y digo puertos en todo el sentido de la palabra. Las ciudades que están en el piedemonte, Villavicencio, Mocoa, Florencia, no se llaman “puerto”, pero de allí para acá usted encuentra Puerto Asís, Puerto Inírida, etc., que nos indica [sic] el sentido de la navegabilidad interior no sólo en el sentido de grandes buques en el Orinoco y en el Amazonas, sino en el de la navegación en ese mar que se comporta como un mar y que tenemos que manejar de acuerdo como se trabajan los mares, y trabajar los mares también como trabajan las selvas. (Domínguez en Fronteras terrestres y marítimas 2000, p. 87)

Más que constituir un proyecto alternativo, el discurso sobre los mares y la biodiversidad se relaciona con los proyectos del desarrollo nacional {1959, 2002}, y la equiparación entre mar y selva parece

Científicas & Ministerio del Medio Ambiente 2000, p. 62\*) que traduce las poblaciones de este departamento en una jerarquía urbana susceptible de ser insertada en la jerarquía urbana nacional, con la capital Bogotá en el escalón superior. Pero, inversamente, también se sostiene que los centros locales “son la base que produce y sostiene la pirámide estructural del sistema funcional colombiano” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2003, p. 344). Se trata entonces de una jerarquía en red desde el nivel municipal hasta la capital de la nación, que en cuanto jerarquía puede ser leída en ambos sentidos, de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, y que se constituye independientemente de las construcciones del territorio físico. Esta jerarquía espacial no establece una relación de dominación entre sus partes, sino una inter-relación. Por fin los pisos térmicos {1901; 1948}, convertidos en “pirámide estructural del sistema funcional colombiano”, se han liberado de su dimensión espacial vertical para constituirse en una red desplegada sobre la superficie del territorio nacional. La red urbana permite la circulación entre los diferentes niveles jerárquicos en el plano horizontal. De esta manera, el mapa finalmente aparece como libre de connotaciones morales.

De esta manera, la cabecera del municipio de Altamira ya no

apuntar más a las posibilidades de su explotación económica y su integración nacional, que a la conservación del medio ambiente y la solución de problemas que afectan a la población local, a no ser que la atención a estos problemas aporte a la finalidad primordial.

Así mismo, pareciera que el descubrimiento de la población negra, no obstante su representación administrativa, apunta hacia una reorganización del mapa. En el mapa de la “Población Afrocolombiana” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 196\*), por ejemplo, el énfasis visual cae sobre las dos costas y sobre partes de los departamentos del Putumayo y del Caquetá. Tal atención cartográfica que se presta a la población negra significa una valorización visual de las costas, así como su interconexión: el mapa muestra una sola costa. Sin embargo, aún no se deja establecer hasta qué punto estos cambios evidencian un giro discursivo. Pero el mero deseo de la representación estadística y administrativa en relación con la distribución espacial incluye siempre un elemento de control y confinamiento. Con respecto a la población blanca, en todo caso, no existe tal necesidad de definir sus espacios. Su existencia se presupone como natural en todos los lugares del territorio. Para las etnias indígenas y la población negra, en cambio, aparece como necesario

constituye el centro de un mundo autocontenido, como realidad del estado aislado ideado por Thünen, sino que se inscribe ahora en el sistema de poblaciones que irradia simultáneamente desde Bogotá y desde el nivel local. En vez de una relación de mimesis entre diferentes unidades territoriales, la red urbana define su relación dentro de un solo territorio, el de la nación. Parece así que finalmente queda constituida la intercambiabilidad de los lugares del territorio de la cual habla Benedict Anderson (Anderson 1991, p. 30) {1983; 1988}. El territorio nacional de la jerarquía urbana se constituye como una superficie de partes iguales, intercambiables e interrelacionadas, diferenciadas únicamente por los nombres propios de los lugares concretos.

Una serie de mapas temáticos repite este movimiento de integración espacial y conversión del territorio en superficie de lugares iguales e intercambiables. En primer lugar, habría que nombrar los mapas de fechas recientes de estadísticas económicas, especialmente los incluidos en el *Atlas de Colombia* de 2002. Muchos de ellos rompen las estructuras tradicionales del mapa nacional (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 263\*). Otro tanto sucede con una serie de mapas relativos a los temas del transporte aéreo (Instituto

establecer sus lugares y su número en cada uno de ellos.

Es probable que las representaciones de ese nuevo exotismo colombiano funcionen más que todo como una continuación de la exclusión bajo la inclusión formal. Es demasiado temprano para definir el alcance de estas redistribuciones. Lo que queda claro es el hecho de que las relaciones entre las diferentes visiones, la “nacional”, la ecologista, la etnológica, así como la del “desarrollo”, son enmarañadas. Los desarrollistas recurren a las posibilidades del discurso ecologista, así como también las representaciones desde la ecología y la etnología persisten muchas veces en categorías propias de una etnología tradicional y una ecología diseñada para garantizar la explotación económica de la biodiversidad.

La hipotética reconfiguración acutal del discurso cartográfico de la nación parece entonces seguir moviéndose sobre la base del discurso excluyente diseñada por Vergara y Velasco {1901; 1906; 1948}. Un síntoma de ello lo ofrece el redescubrimiento de la obra de Agustín Codazzi por parte de la investigación más reciente. Sin embargo, en vez de producir un análisis crítico a partir de Codazzi, éste es leído como la celebración de lo nacional que por fin ha llegado a definirse, logro que en gran medida se atribuye al surgimiento de una

Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 268\*) y las cuencas hidrográficas (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 151\*), así como al tema de la explotación de determinado tipo de productos periféricos: el mapa de las áreas forestales (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 183\*) y el de la pesca (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 253\*) muestran la movilización de volúmenes considerables desde la periferia a los centros de consumo. Tal como sucede en los mapas del transporte aéreo, estos mapas construyen una forma de estrella, cuyo centro se ubica en Bogotá – y en otros centros urbanos – y cuyas puntas se dirigen hacia las márgenes del territorio. Desde luego, se trata en estos últimos mapas de reconfiguraciones marginales, y en todo caso, las posibilidades de la aviación para la invención de un territorio más equilibrado aparecen como desaprovechadas, si se considera el hecho efectivo de la aviación en el terreno colombiano, en especial en Casanare, y la historia extraordinaria de la aviación en Colombia {1891-1943}.

A la totalización de la estructura espacial funcional y la tendencia general de nivelar el territorio le corresponde otra totalización en la representación. Como “obra emblemática” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. vii), en las palabras del

nueva conciencia: a una “conciencia geográfica”, antes inexistente. Lo que queda claro es que esta nueva atención hacia las periferias no procura producir en ningún momento lo que Homi Bhabha (Bhabha 1990 a) habría llamado un discurso híbrido de la nación. Ese Otro sigue siendo exotizado desde un centro que recurre a él para afirmarse a sí mismo.

Presidente de la República Álvaro Uribe, elegido en 2002, el atlas nacional finalmente no muestra solamente un territorio homogéneo e independiente de la topografía, sino también un territorio captado en *todas* sus facetas temáticas, tal como lo habían anunciado el *Atlas geográfico e histórico*, de 1889, y el *Atlas de economía colombiana* del Banco de la República, de los años 60. De este modo la última edición del *Atlas de Colombia* despliega el intento de abarcar todos los temas cartográficos imaginables, incluyendo la inventarización y cuantificación de la cultura. Tres de los aproximadamente 300 mapas del atlas llevan como título “Música Campesina” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 294), “Libros y preferencias” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 305), y “Salas de Cine” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 316). Pero más que ofrecer una ampliación de los temas representados, la superabundancia temática suprime la posibilidad de imaginar los temas olvidados y excluidos. No obstante, como presunta imagen total de la nación, el atlas promete que finalmente se ha logrado constituir la nación en territorio geográfico. El proyecto de la “construcción de la nación” en Colombia es convertido así en un valor positivo, que el país asume como por fin alcanzado {1991}.